La conquista del ESPACIO

LA TRAMPA DE LOS ANDROIDES

Ralph Barby

CIENCIA FICCION

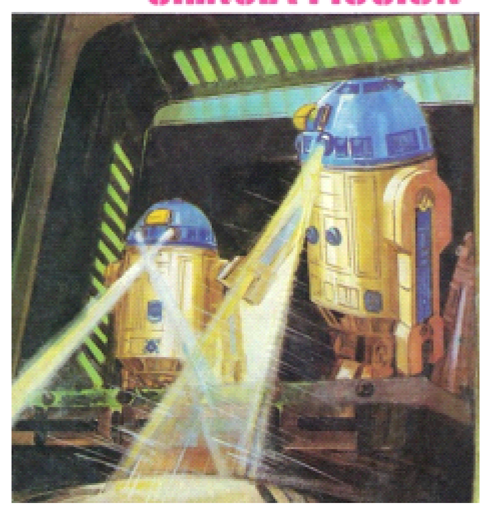




LA TRAMPA DE LOS ANDROIDES

Ralph Barby

CIENCIA FICCION





ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

530. — Cazando insectos en el planeta Okon, *Ralph Barby.*

531. — La gran hecatombe, *Kelltom McIntire.*

532. — Intrusos de otra dimensión, *A. Thorkent.*

533. — El planeta dormido, *Joseph Berna.*

534. — Alí-Babá y los cuarenta, marcianos, *Adam Surray.*

RALPH BARBY

LA TRAMPA DE LOS ANDROIDES

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 535

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 27.376 - 1980

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: noviembre, 1980

© **Ralph Barby - 1980**

texto

© **M. García - 1980**

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así coma las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1980

CAPITULO PRIMERO

—¿Estás seguro?

Roger Foll hizo su pregunta con el ceño fruncido. Lo que acababan de comunicarle no era nada bueno, y por otra parte, resultaba inaudito que la computadora central no les hubiese advertido del peligro con mucha más antelación.

—Sí, no hay fallo posible, los tenemos delante con un frente amplio de cientos de millas.

—¿No hay forma de evitarlos?

Santy Sotto, el segundo comandante de a bordo, le mostró la pantalla de televisión en la que aparecían infinidad de diminutos puntos luminosos, dando la sensación de que el aparato estuviera fallando.

—¿Cuándo entraremos en contacto?

Santy Sotto miró el reloj que devoraba las décimas de segundo a gran velocidad.

—Dentro de siete minutos veintitrés segundos…

—¿Tamaño?

—Según cálculos estimativos, de uno a tres centímetros de radio.

—Es un tamaño que puede considerarse peligroso.

—Es lo que he pensado —asintió Santy Sotto, preocupado—. Ahora sólo faltan ya siete minutos.

—Entonces, no queda otro remedio…

Roger Foll pulsó un botón naranja e inmediatamente comenzaron a encenderse luces naranjas en todos los puntos clave de la nave, incluyendo habitaciones, salas de máquinas, pasillos, lugares de ocio. Toda la cosmonave terrícola se puso, a vibrar.

—¿Sólo alarma naranja? —preguntó Santy.

—No quería asustar en exceso a la tripulación.

Aguardó un minuto, el tiempo suficiente para que todos

corrieran a sus puestos, y luego pulsó la tecla roja.

Las luces rojas, ahora apoyadas por las estridentes chicharras electrónicas, pusieron a toda la nave en movimiento de supervivencia.

Roger Foll abrió el canal de megafonía interna y comenzó a hablar sin precipitación, con voz segura, una voz que infundía confianza al resto de la tripulación.

—Atención, os habla el comandante. Dentro de cinco minutos vamos a hacer contacto con una masa de diminutos meteoritos que forman una gran nube cósmica errante. Todos deberán permanecer en sus puestos y cerrar bien las compuertas estancas para evitar fugas de presión. Si tuviéramos la mala suerte de sufrir alguna perforación, colóquense de inmediato los trajes de supervivencia, y esperen a ser rescatados. No traten de abrir compuertas. Creo que la situación no será grave, pero hay que evitar problemas que luego sí pueden resultar graves. Si alguien detecta una anomalía, que se ponga de inmediato en contacto con el puente de mando. Suerte.

Cerró la megafonía. Al mismo tiempo, se había silenciado ya la chicharra y el parpadeo de las luces rojas.

—¿Pongo música? —preguntó Boyer, volviéndose hacia su joven comandante.

—Sí, pero no pongas nada trágico, eso crispa los nervios.

—¿Qué le parece algo de Mozart?

—De acuerdo.

Comenzó la música, pero todos permanecían atentos.

Cada vez estaban más cerca de la nube de diminutos meteoritos errantes que, por otra parte, no podían calificarse como micrometeoritos, ya que tenían una consistencia bastante considerable, tanto que podían calificarse de auténticos proyectiles.

—Voy a conectar el retrocohete de proa.

—Eso nos hará perder la velocidad que llevas de inercia —le observó Santy Sotto.

Roger Foll, sin dejar de mirar con sus ojos verdes la pantalla donde se veía con toda nitidez la nube que tenían enfrente, respondió:

—Sí, nos hará perder velocidad e inercia, pero luego podemos

recuperarla.

—Será un gasto accesorio de energía.

—Es preferible gastar un poco de energía que quedar acribillados. El chorro del motor de proa abrirá un camino entre los meteoritos apartándonos por impulso cónico invertido. Nuestra proa será la cúspide del cono que formará el chorro. Ya sé que la nave es grande y no la cubrirá por completo, pero… siempre puede ser una solución.

—¡Comandante! —llamó Boyer—. Diez segundos para entrar en contacto.

—¿Qué espesor tiene la nube? —preguntó.

—Lo ignoramos, la sonda no ha podido averiguarlo.

Delante de su mesa de mando, Roger Foll abrió el motor de proa y la nave acusó la fuerza contraria a la velocidad en que viajaban.

Era como intentar detener la nave súbitamente, con un frenazo brusco.

El chorro de proa fundió los primeros meteoritos. A través de la pantalla, veían cómo los diminutos meteoritos eran apartados por el chorro del cohete, pero no todos, y pudieron oír el escalofriante roce de aquellas piedras cósmicas rozando el fuselaje de la nave, impactando en diversos puntos.

En la sala de mandos permanecían atentos a las posibles emergencias.

Los cuadros que correspondían al control de todas las dependencias, aparecían en verde. De pronto, uno de ellos se tornó rojo. Santy miró a Roger Foll, el comandante de la cosmonave terrícola.

—Atención, sala de refrigeración, atención, pido respuesta.

—Sala de refrigeración respondiendo, tenemos avería.

—¿Grave?

—No se puede evaluar: varios meteoritos han impactado y perforado el fuselaje. Hay varias conducciones perforadas, y estamos utilizando los trajes de supervivencia.

—Colóquense en área de seguridad.

—De acuerdo. Pondremos la refrigeración automática de emergencia hasta evaluar la avería.

—Bien. Si hay más novedades, no duden en comunicarse inmediatamente.

Se cortó la comunicación.

La cosmonave, ahora con velocidad reducida debido al chorro de las toberas de proa que expulsaban los meteoritos por impulso energético, se abría paso entre aquella inoportuna nube cósmica, tan inesperada que les había cogido por sorpresa.

—Señal roja —observó Santy Sotto a Roger Foll.

—Comunicando con sala de antenas, comunicando con sala de antenas...

—No responden —gruñó Santy Sotto.

Roger Foll apartó de su frente el abundante cabello lacio de color negro, y abrió línea de intervisor. En una pequeña pantalla de apenas doce pulgadas para la intercomunicación, apareció la sala de antenas.

Allí sólo había dos servidores, un hombre y una mujer, y ambos aparecían caídos, uno en el suelo y otro en la propia butaca.

De la frente del hombre manaba sangre, tenía un orificio parecido al de un balazo de grueso calibre. La mujer cosmonauta mostraba un agujero en su pecho del que manaba sangre.

—Hay que acudir en su ayuda —dijo Santy Sotto.

—Desgraciadamente, ya no es necesario acudir en su ayuda —se lamentó Roger Foll, afectado por aquellas dos muertes. Todos le miraron muy preocupados.

—¡Atención, la nube se debilita! —exclamó Boyer.

Todos miraron hacia la pantalla grande que, de pronto, se había puesto nítida. Ya no se veían los diminutos meteoritos, sino el cosmos plagado de estrellas.

—Atención, atención, habla el comandante. El peligro ha pasado, comuniquen averías y que nadie abra las puertas de las salas de antenas y refrigeración.

Roger Foll había desconectado ya el motor de proa. Puso en

marcha todos los motores de popa y la cosmonave volvió a impulsarse hacia adelante.

—¿Salimos a comprobar averías? —preguntó Santy Sotto.

—Todavía no. Primero hay que recuperar la velocidad de crucero por inercia: después, saldrá el equipo de mantenimiento a taponar los orificios desde el exterior, y cuando se haya comprobado que no hay más fugas de presión de aire, acudiremos a las dependencias afectadas.

Se hizo todo como Roger Foll había previsto, y se recuperó la velocidad que llevaban antes de toparse con la traidora nube de meteoritos.

Santy Sotto se convirtió en el jefe del equipo formado por tres cosmonautas que salieron al exterior con el material necesario para taponar los agujeros del casco de la cosmonave.

Desde la sala de mandos, Roger Foll controlaba la operación.

—Ya hemos localizado dos perforaciones —indicó Santy Sotto.

—¡Adelante, taponad esos agujeros cuanto antes!

—No habrá problemas: los agujeros parecen limpios y yo diría que son casi circulares.

Las reparaciones se efectuaban sin problemas, la situación no había sido grave del todo, aunque no podían olvidar la muerte de dos cosmonautas atrapados en la sala de refrigeración y antenas.

—¡Comandante! — llamó Boyer.

—¿Sí?

—Detecto algo…

—¿Algo, qué es ese algo?

—No lo sé, es energía.

—¿Energía que no nos pertenece?

—Así es comandante, energía que no pertenece a nuestra cosmonave.

—¿Dónde está localizada?

—Se acerca por estribor, a setenta grados. Cada vez se nota más

intensa.

—Rápido, visión exterior.

Abrió la gran pantalla, manipuló en los mandos y no tardó en ver algo muy tenue, casi imperceptible.

—Es como una nubecilla —observó Boyer.

—Pueden ser restos de la cola de la nube de meteoritos que nos ha provocado averías y dos muertes.

—No son partículas en realidad, no se puede medir.

—¿La intensidad de energía?

—Es extraña, no es de frecuencias conocidas. Es energía, pero de un tipo desconocido para nosotros.

—De todos modos, tomaremos precauciones —abrió el intercomunicador exterior—. Santy, ¿me oyes?

—Sí, perfectamente.

—Hay una nubecilla de energía en el exterior que se acerca a nosotros.

—Sí, ya la he visto, debe ser de polvo cósmico —dijo Santy.

—Será mejor que entréis hasta que haya pasado de largo. Emite radiaciones.

—Nuestros trajes de supervivencia las aguantarán.

—Pese a todo, entrad.

—De acuerdo, ahora volvemos.

Dejaron las reparaciones, que ya habían sido terminadas en parte.

Iniciaban el regreso cuando la nube, insignificante en apariencia, los envolvió como la niebla.

Se produjo entonces un fenómeno inaudito, un fenómeno jamás observado antes por los terrícolas viajeros del espacio.

La nubecilla, como si poseyera vida propia, como si fuera una anémona de mar, los engulló.

—Comandante, ¿ha visto eso? —balbuceó Boyer desde su butaca.

A través de la pantalla pudieron ver que la nubecilla adquiría un color más blanquinoso, y la forma se hizo completamente esférica.

Roger Foll parpadeó, incrédulo. Dentro de la esfera habían quedado atrapados los cosmonautas, como engullidos por un misterioso animal primario. Los tres podían verse, aunque turbiamente, dentro de la esfera que se separó de la cosmonave, alejándose.

—¡Santy, Santy! ¿Me oyes?

En la pantalla vieron que lo mismo Santy Sotto que los otros dos cosmonautas hacían esfuerzos para escapar de aquella extraña esfera que había adquirido consistencia y dentro de la cual se veían atrapados, alejándose más y más de la cosmonave.

—¿Qué hacemos, comandante? —pregunto Boyer.

—Hay que rescatarlos.

—¿Cómo?

—Vamos a darles alcance, cambiaremos de rumbo.

Accionó los motores de babor para hacer virar la astronave hacia estribor, y así se inició la persecución.

Pero, la esfera siempre se hallaba unos cientos de metros por delante de la proa de la cosmonave que la seguía, intentando darle alcance sin conseguirlo.

—No podemos atraparla... ¿Cuánto tiempo cree que sobrevivirán dentro de esa esfera que los ha apresado como si fuera un cepo cósmico?

—No lo sé, depende de tantas cosas... Aire tienen para muchas horas.

—¿Estarán sufriendo algún daño ahí dentro? —preguntó Boyer.

—Lo ignoro. Lo cierto es que la telecomunicación no es posible. Esa esfera actúa de blindaje. A partir de ahora, nuestro objetivo es el rescate.

—¿Qué opina, comandante? Sin duda, eso será movido por una mente inteligente, ¿no cree?

—Es posible, como también puede ser un fenómeno todavía desconocido para nosotros.

—¿Y si la energía, en sí misma, fuera un ser vivo e inteligente?

—No lo sé, por ahora todo son hipótesis. Boyer, hágase cargo de la sala de mandos. Yo voy a comprobar los daños habidos en la cosmonave. No pierda de vista a la esfera que se lleva secuestrados a nuestros compañeros.

—No los perderé de vista.

Todos los cosmonautas terrícolas de la cosmonave Icaro-2000 sabían que tres de sus compañeros se hallaban en peligro inminente de perder la vida, succionados por aquella nubecilla transformada súbitamente en esfera y que se trasladaba por el espacio como si tuviera una ruta que seguir, a una velocidad tal que parecía tener motores que la impulsaran, pues la cosmonave terrícola no conseguía disminuir la distancia que les separaba.

Todo aquello era muy extraño, tan extraño que no estaba previsto en parte alguna cómo solventar aquel problema y la imaginación y la astucia humana tenían que ponerse inmediatamente en marcha para dar solución al problema, si es que la solución podía estar al alcance de los terrícolas, enfrentados a lo desconocido.

CAPITULO II

Llevaban casi mil horas de viaje persiguiendo a la esfera que se llevaba a Santy Sotto y a los otros dos cosmonautas. Roger Foll se había dicho a sí mismo que no se rendiría.

«Pueden haber muerto», era la única frase que flotaba en el ambiente de la cosmonave Icaro-2000 y que nadie se atrevía a pronunciar, como si decirla en voz alta hubiera de traer muy mala suerte.

Roger Foll no se rendía; perseguiría a la esfera aunque sólo rescatara tres cadáveres.

—Comandante...

—¿Sí, Boyer? —respondió desde la litera de su camarote individual, donde trataba de descansar.

Había intentado dar alcance a la esfera secuestradora poniendo los motores de propulsión a la máxima potencia, y todo había sido inútil. Al acelerar la cosmonave terrícola, la esfera había acelerado también, manteniendo la distancia, lo cual parecía increíble.

Era como si la cosa esférica, ella misma o la mente que la dirigía, se estuviera burlando de los terrícolas.

Era obvio que si la esfera estaba movida a través del cosmos por una mente inteligente, tenía un poder superior al de los terrícolas y seguirla era correr un riesgo, pero Roger Foll confiaba en las armas con que estaba dotada la Icaro-2000 si surgían problemas.

—Nos acercamos a un planeta.

—¿Catalogado?

—No.

—¿Qué ha dicho la computadora?

—Negativo.

—¿Cuánto tardaremos en llegar a él?

—Siete horas, treinta minutos.

—¿La trayectoria no da lugar a dudas?

—En absoluto. Vamos directos hacia él. La computadora ha calculado su velocidad de traslación más nuestro rumbo y la velocidad que llevamos y la coincidencia en un punto concreto del cosmos es perfecta. Sin mover un solo mando de la nave terminaríamos estrellados contra su superficie.

—Bien. Boyer, que empiecen las investigaciones de ese desconocido planeta. Quiero conocer sus dimensiones, gravedad, atmósfera si la hay, etcétera.

—De acuerdo.

—Descansaré tres o cuatro horas más para estar más despejado.

—Tendrá los datos para luego.

Roger Foll trató de dormir y no lo consiguió, fue inútil que cerrara los ojos, su mente no descansó, aunque si lo hizo su cuerpo, tendido en la litera anatómica.

No lograba hallar una explicación a lo que sucedía, por más vueltas que le daba.

Había lanzado un mensaje al gobierno de la Confederación Terrícola, explicando lo ocurrido, un mensaje que no esperaba respuesta debido a la gran distancia que les separaba del planeta Tierra.

Se levantó y se metió en la ducha ionizante para estimularse al máximo, despejar su mente y relajar sus músculos.

Se presentó en la sala de mandos y se acomodó en su butaca. Conectó la pantalla y en el centro de la misma apareció el planeta al que se estaban acercando.

—Boyer, ¿la computadora ha tomado todos los datos?

—Sí.

—¿Cómo siguen nuestros compañeros dentro de la esfera?

—Sin variaciones.

—¿Y la distancia?

—Se mantiene.

No había novedad. Los cosmonautas podían estar muertos y su terrible fin no podría calificarse de accidente sino de agresión.

El no saber si vivían aún era desesperante. Por lógica, el oxígeno tenía que habérseles acabado, pero cabía pensar que hubieran puesto en marcha el sistema de hibernación artificial. Con ello, el consumo de oxígeno sería tan mínimo que tendrían para mucho tiempo.

Ante la imposibilidad de comunicarse con los secuestrados, cuyo estado de salud ignoraban, sólo les restaba seguirles y ahora parecían llegar a un destino.

Aún no sabían si la extraña esfera era sólida, líquida o gaseosa, pues tras envolver a los cosmonautas se había transformado, y sólo les quedaba seguirles.

El final de la aventura era algo que nadie podía siquiera imaginar.

—Diámetro del planeta, trece mil doscientos kilómetros —dijo Boyer.

—¿Densidad?

—Uno tres.

—¿Atmósfera?

—Positiva.

—¿Composición del aire?

—Oxígeno, ozono, nitrógeno y vestigios de otros gases.

—¿Algún gas nocivo para nuestras vidas?

—Negativo.

—Bien, parece un planeta óptimo.

Todos los datos que reclamaba Roger Foll eran positivos para la vida humana, incluida la temperatura. El planeta en cuestión tenía un ecuador muy tórrido y unos polos gélidos.

La estrella que le daba calor, luz y vida, era mayor que el sol, pero se hallaba a una distancia proporcional a su magnitud.

—Hay que poner en marcha «máximo seguimiento».

Si la esfera desaparecía en algún lugar recóndito, en alguna

barranca de aquel desconocido planeta, ya no la volverían a encontrar jamás.

—Bien, máximo seguimiento, pero las sondas no responden. Esa esfera hace inoperantes nuestras sondas, es como si devorase todos los impulsos que nosotros le enviamos.

—Sin duda alguna, está movida por una mente superinteligente, pero, ¿qué es lo que tratará de hacer?

Por el momento, no había respuesta para aquella incógnita.

Entraron en acción los retrocohetes, para colocarse en la órbita del desconocido planeta, y observaron que la esfera que llevaba dentro de sí a los tres cosmonautas cautivos, atravesaba la atmósfera y se precipitaba directamente contra el suelo del planeta.

—¡Es el fin! —gruñó Roger Foll.

Boyer movió la cabeza con gran disgusto.

—Simplemente el recalentamiento por el roce con la atmósfera los incinerará.

—Eso me temo. Y luego, si queda algo de ellos, se estrellarán.

La esfera semejó disolverse sobre un área que localizaron.

—Atención, órbita fija para mantener la perpendicular sobre el punto-objetivo —ordenó Roger Foll.

El punto-objetivo era el lugar donde había caído la esfera con los tres cosmonautas terrícolas, cuya imagen habían perdido completamente.

—¿Cree que merece la pena seguir adelante? —preguntó Boyer.

—Hasta que no tenga una prueba de su destrucción total, sí. No sabemos qué fenómenos extraños pueden ocurrir.

—Por todos los meteoros de la galaxia, lo que hay ahí abajo es una ciudad.

Roger Foll tenía razón. El punto-objetivo era una ciudad que pudieron ver en la pantalla gracias a los teleobjetivos de las telecámaras.

Boyer se le acercó.

—Yo diría que es de tipo medieval. Fíjese en la muralla, el castillo y las casas de los alrededores.

—Habrá que bajar a esa ciudad.

—¿Cómo será esa gente?

—Pronto lo sabremos.

—¿Tomamos planos precisos de la ciudad?

—Sí, algún lugar por el que pueda pasar gente.

Todos estaban deseando ver cómo eran los seres que habitaban el desconocido planeta.

La pantalla, como descendiendo en picado, recorrió tejados hasta llegar a un patio del interior del castillo.

—Mire, comandante, son muy parecidos a nosotros.

—Sí, y visten ropajes que no son tan distintos a los que usó nuestra civilización en el período que considerábamos Medioevo.

—Si bajamos ahí, se van a sorprender mucho al vernos.

—Tomaremos precauciones para no llamar la atención.

—¿De verdad cree que nuestros compañeros están ahí abajo?

—No lo sé, el caso es que han desaparecido en ese punto. Creo que por más que tratara de comprenderlo, no lo conseguiría.

—Alguna explicación habrá.

—Supongo que sí, Boyer; pero, ¿es acaso lógico que nuestros compañeros hayan sido secuestrados por esa esfera que ha sido como un cepo y ha viajado tanto y tanto por el espacio para llegar a un planeta desconocido y desintegrarlos?

—No, no es lógico —admitió Boyer—. ¿Para qué trasladarlos, si luego habían de ser destruidos?

—Exacto, ésa es la cuestión.

—Siempre que la esfera haya sido movida por una mente inteligente…

—De eso no me cabe la menor duda.

—Lo que no encuentro lógico es que seres que viven en una edad que podríamos catalogar como primitiva, desde nuestro punto de vista, puedan efectuar ese secuestro espacial.

—Si, es absurdo, pero, ¿acaso sólo están ellos ahí abajo?

—¿Cree que pueden convivir dos civilizaciones distintas?

—Pudiera ser. Es una hipótesis que se ha sostenido durante mucho tiempo en nuestro propio planeta Tierra.

—Sí, es posible —admitió—. ¿Quién bajará?

—Yo.

—Usted es el comandante.

Ante la observación de Boyer. Roger Foll respondió con algo de brusquedad, producto de su mal humor:

—Por eso mismo puedo decidir.

—¿Quiénes bajarán con usted?

—Xana, la psicóloga y especialista en lenguas: Demetrius por si su fuerza nos es necesaria, y Mohamed se cuidará de todos los artilugios electrónicos de detección y comunicación.

Boyer sabía que Roger Foll había tomado su decisión y que no iba a cambiarla. Apartó los ojos de su comandante para mirar la pantalla en la que aparecía una especie de soldado u oficial de soldados, pues por su indumentaria semejaba de rango superior.

Aquel rostro podía pasar desapercibido en el planeta Tierra, máxime si se le colocaba entre los euroasiáticos, ya que en la propia Tierra, la variación entre los seres que la componían era grande.

¿En qué se parecían un japonés, un massaí y un nórdico blanco? Evidentemente, en pocas cosas, dejando aparte, claro está, que todos eran seres humanos con unas características comunes.

Sin embargo, aquel rostro que tenían localizado en la pantalla, mostraba un rictus, quizás una mirada, que le hacían distinto, claro que, según pensó Boyer, también en la civilización terrícola había sujetos de extraños rictus y miradas, muchos de ellos considerados dementes.

Se hicieron los preparativos. La nave Icaro-2000 permanecería en una órbita fija.

Todo estaba dispuesto para bajar al planeta. Roger Foll había decidido esperar a que la noche llegara a aquella ciudad; la luna natural que ellos tenían era mayor que la luna terrestre, pero no se hallaba en plenilunio, sino en creciente.

Había otras tres lunas más pequeñas y distantes que no influirían con su luz en la noche, aunque sí daban hermosura al cielo, especialmente una de ellas que se veía toda roja y nítidamente redonda.

CAPITULO III

Xana apenas había tenido trato con Roger Foll, era nueva en la cosmonave Icaro-2000. Había pasado a formar parte de su tripulación procedente de otra cosmonave.

Roger Foll estaba seguro de que si la incluían en su tripulación era por ser muy cualificada en su profesión; sin embargo, debido al mucho trabajo que tenía en el mando de la nave, había hablado muy poco con Xana.

Cuando la vio junto a la nave lanzadera, en compañía de Demetrius y Mohamed, la redescubrió. La vio más alta, más esbelta.

Sus cabellos eran largos, sedosos y abundantes, de un color castaño claro, contrastando con los ojos de un intenso azul. Su boca sensual tenía casi siempre una leve sonrisa que invitaba a la cordialidad.

—Te voy a tutear, Xana.

—Mucho mejor —aceptó ella.

—Con el psicólogo al que tú relevaste, nos tuteábamos.

—Lo suponía.

—Bien. ¿Sabes exactamente lo que vamos a tener que hacer?

—Más o menos. Hay seres inteligentes en este planeta desconocido para nosotros y hay que tratar de entenderles y comunicarnos con ellos.

—Exactamente.

—¿Eres consciente de que este contacto puede ser peligroso para ambas partes?

—Sí, y procuraremos no asustarles con nuestra tecnología. Demetrius, tú resolverás los problemas físicos.

El aludido sonrió, asintiendo. Le llevaba unas pulgadas de altura al propio Roger Foll, que ya era muy alto. Era un campeón de halterofilia y además practicaba las artes marciales orientales terrícolas.

—Mohamed, ¿llevas todo el equipo de telecomunicación?

—Sí —asintió, señalando su amplio cinturón—. Y también los elementos de escucha a distancia.

—Bien. Los cuatro llevamos armas, pero es preciso no utilizarlas salvo que nuestras vidas corran un peligro inmediato.

—¿Encontraremos al teniente Sotto? —preguntó Demetrius.

Roger Foll no quiso transmitirles ninguna esperanza.

—Espero que sí.

—Si están abajo, los detectaremos con esto —indicó Mohamed, que tenía en su mano una especie de cilindro.

Podía tomarse como una linterna grande, pero tenia varios pulsadores y diminutos pilotos luminosos que, según la intensidad, eran indicativos.

—Entonces, adelante, no perdamos más tiempo.

Subieron a la lanzadera, una nave no muy grande, de cuerpo cilíndrico y proa cónica, como una cúspide larga y aguda.

Poseía unas alas delta retráctiles para poder maniobrar mejor dentro de la atmósfera, e incluso bajo las aguas si se presentaba el caso.

Por un carril, la nave se introdujo en el tubo lanzador. Se cerró la compuerta y una pequeña explosión la catapultó hacia el espacio, alejándose de la gran diosa Icaro-2000, una cosmonave que hacia sentirse orgulloso al hombre terrícola.

Los máximos avances de la ingeniería espacial y de la electrónica estaban allí, cumpliendo su misión como el eslabón de una cadena o el diente de una rueda.

Xana la observó a distancia con sus ojos azules, lo mismo que hiciera cuando llegó a ella para ocupar el puesto de su colega relevado.

Impresionada al ver aquella cosmonave que podía calificarse como gigante en su género y que sin embargo, era veloz, la más veloz ideada y construida por el ser humano terrícola.

—Atención, Roger Foll, hablando a Icaro-2000. ¿Me oyen?

—Perfectamente, comandante Foll.

—Permanezcan atentos a cualquier llamada.

—Tendremos abierta la señal en todo momento, comandante.

—Si se produjera algún fenómeno extraño, no dudes en llamarme de inmediato.

—¿Qué clase de fenómeno?

—Cualquiera. Este es un planeta completamente desconocido para nosotros. Ignoramos hasta su nombre, y si hay una civilización medieval, puede haber otra paralela mucho más adelantada.

—De acuerdo, comandante. Suerte.

La pequeña nave-lanzadera se incrustó en la atmósfera que envolvía el desconocido planeta.

La ciudad a la que se dirigían se ubicaba a la orilla de un ancho río, que desembocaba en un pequeño mar o un gran lago.

Voló en espiral. Pasó por encima de unos picachos nevados y descendió hasta colocarse en vertical encima del río. Una vez en él, disminuyó la velocidad apagando sus luces para no ser descubiertos hasta que se salió del río, adentrándose en un bosque de árboles grandes y copudos.

La lanzadera no se detuvo hasta encontrar lo que a Roger Foll le pareció un escondrijo aceptable.

—Bien, aquí puede estar segura.

—¿Bajaremos los cuatro? —preguntó Móhamed.

—Sí.

Por su parte, Xana inquirió:

—¿Y si descubren nuestra pequeña nave?

—No podrán hacer nada, porque no creo que consigan abrirla con armas primitivas. El casco es de una aleación metálica superdura y de una gran resistencia al calor.

—Haré un puente de telecomunicación —dijo Mohamed manipulando en el salpicadero de la pequeña nave que no tendría más allá de veinte metros de larga— Con nuestros comunicadores entraremos en contacto con la lanzadera y ésta hará de repetición. Podremos comunicarnos con la cosmonave Icaro en cualquier

momento.

—Bien, ahora vamos a andar. Podríamos haber establecido contacto con estos seres llegando a su castillo por el aire; también podríamos utilizar los auto-monocohetes, pero no emplearemos nada que les alarme o pueda causarles pánico o animadversión. Procuraremos pasar inadvertidos siempre que ello sea posible.

Comenzaron a caminar, alejándose de la nave-lanzadera.

Desde el aire, ya habían tomado electrónicamente un plano de aquel lugar, de tal modo que no iban a perderse. Tampoco estaban demasiado lejos de la ciudad.

Descubrieron una amplia carretera, y a poca distancia vieron un caserío del que escapaba luz. Una luz de lámparas que quemaban algún líquido, pues estaban muy lejos de ser lámparas eléctricas, totalmente desconocidas por aquellas gentes.

— Deberíamos buscar ropas apropiadas —observó Xana en un alto del camino.

—Es cierto, nuestra forma de vestir llamará la atención entre estas gentes.

—Podemos acercarnos a ese caserío.

—Nos acercaremos con cuidado y veremos qué se puede hacer —dijo Roger Foll.

—No nos darán nada, habrá que robar.

—Si pudiéramos darles algo a cambio… —dijo Xana.

—No poseemos nada que pueda interesarles.

—Bien, veamos si podemos conseguir ropas con las que pasar desapercibidos.

Sé acercaron a la casa que por su aspecto exterior semejaba una granja primitiva. Tenía una lámpara encendida en la puerta y el silencio en su entorno era absoluto si no se contaba con el croar de batracios.

—¿Qué hacemos si nos atacan? —preguntó Demetrius.

—Creo que bastará con encender nuestras linternas a la máxima potencia para que les impresione. Ellos no conocen una linterna con micropila atómica, y mil lux de potencia fotónica —dijo Mohamed.

Se acercaron a pedir ropas en paz y sin violencia, mientras Roger Foll se estrujaba el cerebro pensando en lo que podía darles a cambio, puesto que no cabía ofrecerles monedas de uso local.

—La puerta está cerrada. ¿Llamo? —preguntó Demetrius.

—No quiero provocar ningún escándalo —objetó Roger Foll.

—Puede que seamos atacados por perros u otros animales similares entrenados para vigilancia —opinó Xana.

Del chaleco que llevaba lleno de artilugios, Mohamed extrajo una caja plana que colocó sobre la cerradura. Pulsó un botón, se notó una ligera vibración y luego la separó de la puerta.

—Ya está.

Roger Foll dijo:

—Ha sido muy silenciosa.

En tono bajo, Mohamed respondió:

—Es una cerradura muy primitiva.

Entraron. La casa estaba silenciosa, era amplía y con muebles oscuros, no daba sensación de confort.

Xana, estremeciéndose sin saber por qué, comentó:

—Aquí hay algo que no me gusta.

—¿Subo las escaleras? —inquirió Demetrius.

—No, tú mejor no; si los peldaños gruñen, despertaríamos a los habitantes de esta casa.

Dejaron a Demetrius abajo y subieron al piso donde encontraron habitaciones. Oyeron ronquidos sonoros.

—No me gusta esto, pero tenemos que hacer un pequeño robo. Cuando terminemos la misión, dejaremos las ropas a la puerta de esta casa —dijo Roger.

Se filtraron como ladrones furtivos en las estancias, buscando en los armarios. Lograron encontrar largas capas con capucha.

—Vamos, creo que será suficiente —cuchicheó Roger Foll, pensando que aquellas amplias y largas capas con capucha bastarían para cubrirles y que sus indumentarias no llamarían la atención.

Ya abajo, Roger Foll arrojó a los brazos de Demetrius una de las capas.

—Creo que te irá bien.

Se la puso, se miró y gruñó:

—Un poco corta.

—Pues, cuando estemos delante de algún vigilante, te encoges —le replicó Roger Foll.

Abandonaron la casa sin que nadie hubiera despertado. Atrás quedaban los sonoros ronquidos, y Xana dijo:

—Es raro, ni siquiera un perro nos ha ladrado.

—¿Y por qué habría de ladrarnos un perro? —preguntó Mohamed—. Quizás en este planeta no hay perros.

—Es cierto. Todo esto me ha recordado tanto al planeta Tierra, que he pensado que debía haber perros; sin embargo, aquí hay algo, no sé qué es, pero que no encaja.

Mientras se alejaban de aquel lugar cubiertos por las capas y con capuchas. Roger Foll rezongó:

—¿Intuición femenina o es el ojo clínico de la psicóloga?

—No lo sé: hay algo que no está en su sitio y ahora no sabría decir qué es.

No tardaron en llegar a la ciudad. Afuera de las murallas se levantaban tiendas de lona y pequeños habitáculos hechos de madera. Aquello era como el suburbio de la ciudad amurallada donde posiblemente vivían los considerados maleantes, los seres de extramuros.

—¡Mirad! —exclamó Xana.

Pese a la escasa luz, divisaron una hilera de varias horcas en lo alto de la muralla. De ellas pendían seres ahorcados.

—Tendremos que ir con cuidado, parecen muy drásticos.

—Procuraremos no llamar la atención en exceso. Entraremos cuando abran las puertas, que durante la noche permanecen cerradas.

—¿Temerán alguna invasión? —preguntó Mohamed.

Xana se encogió de hombros.

—En este tipo de sociedades, la guerra es una situación normal y continua, posiblemente haya otras ciudades como ésta. Lo que no comprendo es cómo nuestros tres compañeros terrícolas pueden haber caído ahí dentro.

—Según los datos que tenemos, han caído dentro de la ciudad —dijo Roger Foll—. No sé si ha sido casualidad o ahí dentro hay algún ser o grupo de seres con poderes superiores a lo que parece a simple vista.

—No me gusta este lugar —opinó Mohamed—. Me da la impresión de que de alguna de esas tiendas va a salir algún maleante para acuchillarnos a traición.

—No nos separemos y así evitaremos que nos ocurra nada —dijo Roger Foll—. Mientras, podemos dar un pequeño rodeo a la muralla, sin acercarnos demasiado para que los centinelas no nos arrojen flechas ni cualquier otro tipo de armas.

Mohamed inquirió:

—¿Creéis que habrán inventado la pólvora?

—Si vemos algún cañón, lo sabremos.

—Es curioso el paralelismo que existe en la evolución de las civilizaciones. Se siguen grados de descubrimientos muy parejos.

Estuvieron deambulando. De pronto, oyeron unos gritos de mujer, pero de las tiendas no salió nadie.

—Alguien necesita ayuda —observó Xana.

—¡Es por ahí! —exclamó Roger Foll.

Descubrieron varías sombras. Una de ellas, obviamente femenina, tenía largos cabellos rubios.

—¡Quietos, canallas! —masculló Roger Foll, saliendo en ayuda de la mujer que había gritado.

Aparecieron brillantes aceros de extrañas formas pero muy afilados y con diversas puntas. Roger Foll tuvo que saltar para evitar ser ensartado por una de aquellas armas mitad hacha, mitad pica y con algo de espada.

Demetrius golpeó la cabeza de uno de ellos, que rodó por el

suelo. Mohamed se enfrentó a otro mientras Roger Foll golpeaba con sus puños al que tenía delante hasta hacerlo caer y luego correr entre aquella maraña de tiendas y barracas. El que se hallaba frente a Mohamed escapó corriendo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Xana a la muchacha.

—Sí, ahora sí —respondió. Mirando a Roger Foll, le mostró los grilletes de tosco acero que le habían colocado en las muñecas—. Señor, me habían raptado.

—Pues ya eres libre —le contestó Roger, que aun a la escasa luz constató la gran belleza de aquella joven.

Xana, dándose cuenta de la admiración espontánea del hombre hacia aquella joven, lo miró a él. Roger Foll no apartó sus ojos de aquellas pupilas azules, húmedas por lágrimas de agradecimiento, que tenía delante.

—Mis padres están dentro de la ciudad. Yo vivo en ella, pero fui raptada, metida en un fardo y sacada de la ciudad. Me hubieran vendido como esclava en lejanas tierras, de no haber sido por vosotros.

—¿Os habéis dado cuenta? —preguntó Mohamed—. Habla como nosotros.

—Sí, es asombroso —asintió Xana.

—Creo que para regresar al interior de la ciudad, es mejor esperar a que en el nuevo día abran las puertas. Por cierto, ¿no has visto caer algo redondo y grande del cielo?

—¿Una estrella? —inquirió la muchacha, con los ojos muy abiertos.

—No, no era una estrella.

—¿Una luna?

—Tampoco. Bueno, será mejor que se lo preguntemos a tus padres. Me agradará conocerlos.

—Será un honor para mis padres recibiros en su casa —contestó la muchacha.

Xana, deseando romper el encanto que se había creado entre Roger y la joven, preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Landy —respondió sin vacilar.

—Bien, Landy, pronto estarás con tus padres.

Xana notó que la juvenil Landy se acercaba a Roger Foll como dispuesta a no separarse de él. Se preguntó a sí misma si tenía celos instintivos de ella, y no supo qué responderse, porque era cierto que le gustaba y admiraba a su comandante.

No podía evitar sentirse atraída por Roger Foll, aquel hombre de elevada estatura, cabellos negros y ojos verdes, algo felinos.

No tardó en llegar el día y aquel poblado de extramuros, expuesto a cualquier asalto procedente del exterior, comenzó a desperezarse.

Salieron hombres, mujeres, niños... para ellos debía comenzar una nueva y dura jornada en la que habrían de buscar su sustento, si es que lo encontraban.

Se abrieron las grandes puertas de la muralla. Custodiándola quedó un grupo de soldados armados con lanzas, picas y extrañas espadas, soldados con casco y algunos de ellos, no todos, con pecheras metálicas para evitar ser ensartados posiblemente por flechas.

El grupo de terrícolas, junto con Landy, no fueron los primeros en avanzar hacia la puerta.

Los soldados apartaron a algunos individuos que no parecieron merecerles confianza, haciéndoles retroceder.

—¿Piden salvoconducto? —preguntó Roger Foll a Landy.

—No, pero ellos conocen a los desalmados. Si los apresan dentro, los encarcelan y a los que han cometido algún delito, los ahorcan, los decapitan o están encerrados en mazmorras.

—Aquí lo arreglan todo de forma violenta —rezongó Mohamed.

—Más o menos, igual que en nuestra amada Tierra en tiempos pasados.

—¿Qué dicen? —inquirió Landy al oír las palabras de Xana.

—Nada, un comentario sin importancia.

—Ustedes no son de la ciudad, ¿verdad?

—No, venimos de muy lejos —contestó Roger Foll.

Pasaron sin problemas por delante de la guardia, y se internaron en la ciudad, dominada por el castillo, edificado sobre un promontorio.

Las calles eran estrechas. Se cruzaron con distintas personas y todas iban a pie.

Landy les condujo a lo que podía considerarse la plaza mayor de la ciudad.

Llamó con un grueso aldabón y una pesada puerta de madera se abrió, apareciendo otra mujer con más edad que lanzó una exclamación al ver a la muchacha, abrazándola después.

— ¡Landy, hija mía! ¡Cuánto hemos sufrido por tu desaparición!

—Mamá, mamá, he pasado mucho miedo...

—Pasa, hija, pasa.

—Mamá, estos caballeros han venido de extrañas tierras.

Son los que me han rescatado de los malvados que me raptaron.

—Por favor, caballeros, pasen, pasen... Es un gran honor recibirlos en nuestra casa.

Entraron en la vivienda; allí había otros seres que pasaron como sombras junto a ellos.

Se instalaron en una sala amplia en la que había unas ventanas angostas que apenas dejaban pasar la luz.

—¿Cómo podremos pagarles? —preguntó la madre de Landy.

—De ninguna manera —replicó Roger Foll—. Sin embargo, estamos buscando a tres compañeros nuestros.

—¿Tres compañeros? —repitió la madre de Landy con cierta prevención, como si supiera algo.

—Sí, llegaron ayer y no sabemos dónde pueden hallarse ahora.

—¿Vestían extrañas ropas de batalla?

Los terrícolas se miraron entre sí. Para aquella mujer, los trajes de cosmonauta podían considerarse extrañas ropas de batalla.

—Bueno, creo que sí.

—Entonces, sí son ellos. Ahora están en el castillo.

Muy interesado. Roger Foll preguntó:

—¿Los ha visto?

—No, pero oí que hablaban de ellos. Creo que se les considera espías enemigos. Los interrogarán para que digan lo que sepan y después...

—¿Los ahorcarán? —preguntó Mohamed.

—No, la horca es para la plebe. A ellos los decapitarán en el propio castillo. En tales ocasiones, dejan entrar al pueblo para que presencie las ejecuciones.

Demetrias masculló:

—Hay que ir corriendo a salvarlos:

—Tranquilos —pidió Xana.

—¿Ustedes también son soldados extranjeros? —preguntó la madre de Landy, mirándoles ahora con recelo.

—Mamá, ellos me han salvado. ¿Cómo puedes dudar de su honestidad?

—Hija mía, tu padre está en tierras lejanas luchando por nuestra reina. Quizás ya no vuelva nunca, y si lo matan, quienes le habrán dado muerte serán nuestros enemigos.

—Debemos ir a hablar con la reina —decidió Roger Foll.

La madre de Landy hablándoles con una actitud y un tono confidencia!, dijo:

—Si averiguan que estáis aquí os encarcelarán.

—Mamá, nosotras tenemos influencia con la reina. Nuestro padre fue el escudero mayor del rey.

—¿Y si los consideran también enemigos, hija?

—No importa. Si nuestros amigos están prisioneros en el castillo, iremos a rescatarlos —manifestó resuelto Roger Foll. En cierto modo, respiraba de alivio al saber que Santy Sotto y los otros dos cosmonautas terrícolas estaban vivos.

—Yo les acompañaré. Mostraré los grilletes a la reina y les diré la verdad. Que me habéis salvado de ser vendida en tierras extrañas como esclava.

Roger Foll sabía que con un solo disparo desde la cosmonave Icaro-2000, dejarían toda aquella ciudad reducida a cenizas. Quedaría tan destruida que casi resultaría imposible saber si allí había existido una ciudad amurallada con un castillo. Mas su intención no era destruirla, por otra parte, quizás conviniera ofrecerle una prueba de fuerza a la reina de aquel lugar para que soltase a Sotto y a los otros dos cosmonautas desaparecidos.

—Landy, si deseas acompañarnos, te lo agradeceremos —le dijo Roger Foll—. Pero no vengas si no lo deseas.

—Iré con vosotros. Os debo mi libertad y algo más que la libertad. Antes que ser vendida como esclava, es preferible morir.

—Hija, ten cuidado con lo que haces. Ya sabes que la reina es caprichosa a veces y sus consejeros no son todos de fiar.

Salieron de la casa. La plaza se veía animada. Los cuatro terrícolas ocultaban sus ropas de cosmonauta con las largas capas oscuras.

Xana parecía tener deseos de hablar a solas con Roger Foll para cambiar impresiones, pero Landy no se separaba de él.

Mohamed se rezagó y disimuladamente se comunicó con la nave Icaro-2000.

—¿Cómo va todo ahí abajo? —preguntó Boyer, convertido en comandante eventual de la cosmonave.

—Por ahora, bien. Parece que Santy Sotto y los otros dos están vivos pero encerrados en el castillo.

—¿Tenemos que actuar?

—Por el momento no, Roger Foll no ha dado ninguna orden al respecto. Ah, tenemos una guía preciosa, tan bonita como Xana pero en rubio.

Ascendieron por la carretera que conducía a las puertas del pétreo castillo.

Había bastante gente que se dirigía también al castillo todos a pie.

En el castillo había muchos más soldados, la guardia de sus puertas era muy superior a la de la entrada de la ciudad.

Se encontraron de pronto en el patio de armas del castillo donde había una buena cantidad de público expectante

Sobre un entarimado había unos soldados custodiando a un reo atado de manos en cuya cabeza acababan de colocar una capucha negra. Junto a ellos estaba el verdugo, un ser alto y corpulento en extremo que empuñaba una extraña y enorme hacha de largas puntas curvas hacia afuera, como una media luna.

—Comandante, puede ser uno de los nuestros —le observó Xana rápidamente.

Roger Foll quiso detener aquella ejecución, mas cuando gritó, los tambores repiquetearon.

El verdugo alzó su hacha para descargar el impresionante filo sobre el cuello del reo arrodillado frente a él. Mientras, en lo alto del torreón mayor del castillo, una mujer contemplaba la terrible escena.

Roger reaccionó con rapidez empuñando su pistola láser y el disparo rectilíneo dio en el filo del hacha.

El verdugo, asustado, la soltó. El hacha, puesta al rojo vivo, cayó al suelo. El verdugo intentó asirla y volvió a soltarla, gritando de dolor.

Roger Foll, cubierto con su capa y empuñando la pistola, avanzó hacia el patíbulo mientras los presentes se apartaban a su paso.

Un nutrido grupo de soldados cercó el patíbulo, pero aquello no pareció importar a Roger Foll. El verdugo se apartó de él.

Cogió la capucha del reo y se la arrancó para verle el rostro. En cierto modo, suspiró de alivio al comprobar que no era ninguno de sus hombres.

—No sé lo que has hecho, pero me alegro de que sigas vivo.

Roger Foll se vio rodeado totalmente de soldados, y no estaba dispuesto a dejarse aprehender teniendo en cuenta la forma en que aquellas gentes trataban a sus prisioneros.

—¡Lo van a matar! —exclamó Xana.

— No creo —dijo Mohamed. Empuñando su pistola y disparó.

Parte de una almena se vino abajo. Se produjo un movimiento de espanto y retroceso general, sin embargo, la mujer que estaba arriba permaneció unos instantes observando sin aparente temor. Después desapareció del torreón encima del cual había un mástil en el que ondeaba una extraña bandera; era negra, con un círculo blanco que a Roger Foll le recordó algo.

Un servidor del castillo tocó una larga trompeta en lo más alto de las torres, de tal forma que fue una orden para los soldados que dejaron de acosar a los forasteros.

Roger Foll saltó del patíbulo y se acercó a sus compañeros, rápidamente. Mohamed seguía empuñando la pistola láser por si las cosas volvían a ponerse difíciles.

—Creo que ahora nos recibirán —observó Roger Foll,

Xana opinó:

—Nos tienen miedo.

Demetrius, casi entre gruñidos, añadió:

—Mejor así, son demasiado violentos. Parece que les encanta ahorcar a la gente o cortarles la cabeza, es como la diversión popular.

—Espero que tengan algún otro entretenimiento con menos sangre —rezongó Mohamed mientras Roger Foll cogía por los hombros a ambas mujeres, invitándolas a caminar hacia la puerta que daba al interior del castillo.

Apareció un grupo de hombres vestidos con ropas que podían calificarse de lujosas y que les hicieron inclinaciones de cabeza en señal de bienvenida.

Echaron a andar, como marcándoles el camino por el interior del castillo.

—Es hermoso esto —murmuró Xana.

—Sí. Cuadros, tapices, cortinajes, hay de todo —admitió Roger Foll.

Era difícil saber si todo aquel pueblo vivía con el mismo lujo que su reina; lo que sí era evidente es que las chabolas y tienduchos que se levantaban pegadas a las murallas eran un nido de miseria.

Llegaron al salón del trono donde había más caballeros

lujosamente ataviados, lo mismo que una corte de damas. Abundaban los colores vivos y plumas desconocidas para los terrícolas con brillantes tonalidades púrpura, doradas, verdes y azules.

—Esta gente tiene una fortuna —cuchicheó Mohamed—. Me gustaría ver el tesoro real.

Roger objetó:

—No hemos venido aquí a buscar tesoros sino a rescatar a nuestros compañeros.

Adelantaron por el centro del salón del trono. Al llegar adonde el enlosado cambiaba de color, pasando del amarillo al rojo, la bella y joven Landy se arrodilló.

Los terrícolas sólo hicieron una ligera inclinación de cortesía. La reina, sentada majestuosamente en su trono, inclinó también la cabeza.

Pudieron ver que el ropaje de la reina era recargado pero hermoso y caro. Blanco era el color de la túnica, rojo el manto real con borde de finas pieles blancas, con bordados de pedrería y una extraña corona que encerraba una esfera rutilante.

Roger Foll se dijo que aquella esfera debía tener mucho que ver con el círculo blanco de la bandera.

Lo que también observó es que la reina era joven y bella. Sus cabellos tenían un color negro azulado, como las alas de un cuervo. Sus ojos eran grandes, muy oscuros. Los dientes perfectos estaban bien alineados en la boca hermosa aunque algo fría, en opinión de Roger Foll.

—Extranjeros, bienvenidos al Reino de la Inmortalidad.

—¿Inmortalidad en vuestro reino, donde la muerte es la diversión cotidiana para el pueblo, donde el patíbulo siempre está listo para segar vidas?

—Eres muy orgulloso, extranjero. ¿Acaso eres el jefe de los tuyos?

—Así es.

—Pues tengo que decirte que has cometido una falta grave al interrumpir una ejecución pública. Cualquiera de mis súbditos que hubiese hecho eso, ya habría sido ejecutado.

—Pero nosotros no somos vuestros súbditos, majestad.

Landy se adelantó, mostrando sus muñecas donde aparecían los grilletes de tosco acero.

—Majestad, fui secuestrada. Vos me conocéis, soy la hija del que fue escudero mayor de vuestro padre.

—Sé muy bien quién eres, Landy.

—Majestad, estaba ya fuera de las murallas e iba a ser conducida a tierras lejanas para ser vendida como esclava y os digo que de ser así, habría preferido la muerte; mas aparecieron ellos y me rescataron. Me han devuelto a mi madre sin sufrir daño alguno mientras mi padre lucha por vuestro reino en tierras lejanas.

—¿Los has traído tú al castillo?

Roger Foll habló antes de que lo hiciera Landy, como temeroso de que la muchacha pudiera caer en desgracia.

—Estamos buscando a tres compañeros nuestros que, sin duda alguna, deben haberse extraviado; quizás vos majestad, podáis decir dónde se encuentran.

—¿Tres compañeros vuestros? Ignoro su paradero, nada se me ha informado sobre extranjeros perdidos en mi reino.

Roger Foll tuvo deseos de replicarle y decirle que mentía, pero comprendió que no era la mejor forma para encontrarlos.

—No obstante, he oído decir que nuestros compañeros están aquí, en vuestro castillo.

—¿Insinúas que miento? —preguntó la reina, poniéndose en pie.

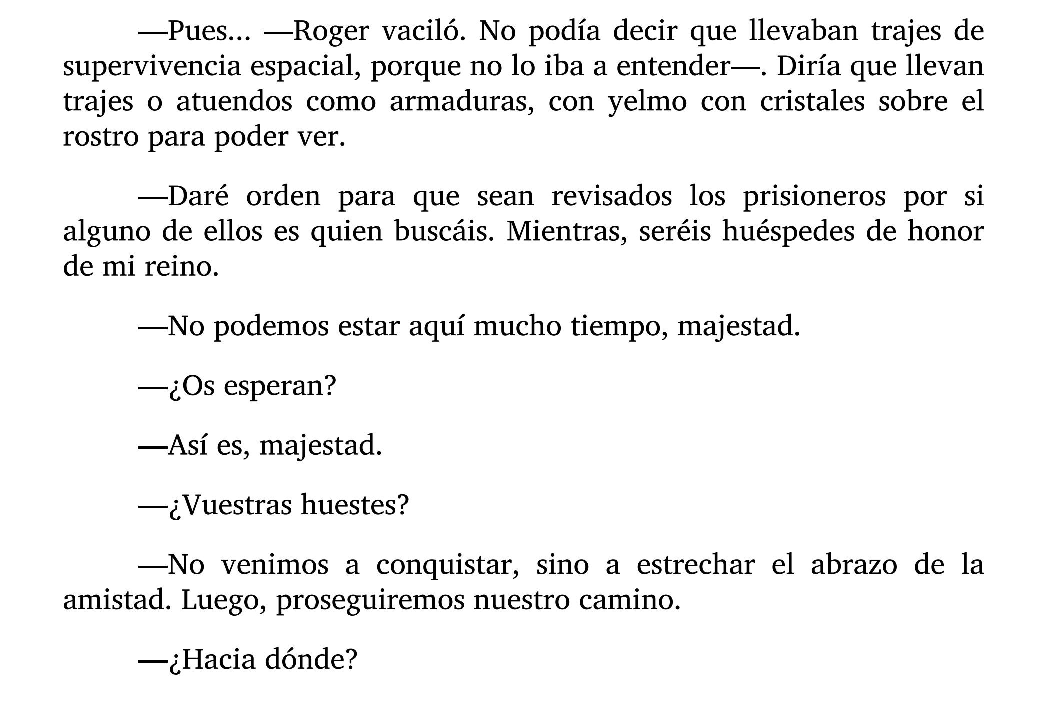
—No exactamente, pero podría ser que hubierais confundido a posibles espías enemigos de vuestro reino con nuestros amigos.

Ella descendió los peldaños de la tarima sobre la que se hallaba el trono, y avanzó hacia ellos.

—Una confusión siempre es posible. ¿Cómo decís que son vuestros compañeros?

—Tres hombres vestidos de forma extraña.

—¿Qué entendéis vosotros al hablar de forma extraña?



—Pues… —Roger vaciló. No podía decir que llevaban trajes de supervivencia espacial, porque no lo iba a entender—. Diría que llevan trajes o atuendos como armaduras, con yelmo con cristales sobre el rostro para poder ver.

—Daré orden para que sean revisados los prisioneros por si alguno de ellos es quien buscáis. Mientras, seréis huéspedes de honor de mi reino.

—No podemos estar aquí mucho tiempo, majestad.

—¿Os esperan?

—Así es, majestad.

—¿Vuestras huestes?

—No venimos a conquistar, sino a estrechar el abrazo de la amistad. Luego, proseguiremos nuestro camino.

—¿Hacia dónde?

—Lejanos países.

—Y el vuestro, ¿dónde está?

—Lejos, muy lejos, tan lejos que es posible que cuando marchemos de vuestro reino no volvamos a vernos jamás —respondió Roger evitando en todo momento decirle que procedían de un planeta lejano en el espacio, perdido entre las miríadas de estrellas que podían ver cada noche.

Aquella gente carecía de toda tecnología electrónica y muchísimo menos nuclear, y decirles todo aquello debía sonarles como algo infernal e incomprensible.

—De todos modos, me gustaría explicaseis a mis consejeros el lugar donde se encuentra vuestro país.

—¿No podríamos inspeccionar con rapidez las mazmorras del castillo?

—No, no es posible.

—¿Por qué?

—Tened paciencia, todo se hará. Si ellos están encerrados, serán liberados.

—Sí, porque si no son puestos pronto en libertad —silabeó Mohamed— podemos destruir este castillo hasta dejarlo reducido a piedra.

La reina se lo quedó mirando fijamente.

—¿Es una declaración de guerra?

Roger Foll intervino:

—Mi compañero quiere decir que tenemos armas poderosas que no deseamos emplear, pues no queremos quitar nada a nadie, ni joyas, ni alimentos, ni tierras, nada; sin embargo, sí podemos usarlas para defender nuestras vidas y las de nuestros compañeros en peligro.

La reina semejó relajar la tensión.

—Lo comprendo, e insisto en que si están aquí, serán liberados para que podáis proseguir el viaje en paz. Ahora, os conducirán a vuestros aposentos. Consideraos todos, tú también, Landy, como huéspedes de honor. Esta noche daré una gran cena en vuestro honor.

Antes de que pudieran replicar, les dio la espalda y se alejó rápidamente.

En torno suyo se formó una escolta armada de protección y todos desaparecieron por una amplia puerta.

CAPITULO IV

Boyer, comandante eventual de la cosmonave Icaro-2000, miró los guarismos del reloj que controlaba el tiempo de ausencia del equipo de rescate.

—Llamando a Icaro-2000, llamando a Icaro-2000... Soy. Roger Foll.

—Comandante, le escucho. ¿Ha ocurrido algo malo?

—No por ahora, pero parece que tenemos que esperar para saber si en las mazmorras del castillo están nuestros compañeros.

—¿Hay alguna posibilidad de que así sea?

—Creo que sí y si no los libertan por las buenas, lo harán por las malas.

—¿Pongo en disposición de disparo el supra-cañón láser?

—Tenlo listo por si hay que hacer una demostración.

—¿Tiene un plazo fijo para hacer alguna demostración de fuerza?

—Cuarenta y ocho horas, aunque espero que no haga falta. ¿Desde la Icaro-2000 han detectado algo?

—¿Anormal, quiere decir, comandante?

—Sí.

—No, no hemos detectado nada.

—Manténgase atentos. Es muy extraño que estos seres, pertenecientes a lo que ellos llaman el Reino de la Inmortalidad y que se hallan en una época equivalente a nuestro Medioevo, puedan haber secuestrado a nuestros compañeros en el espacio exterior. Carecen de toda tecnología y es inaudito suponer que puedan dirigir una esfera con tres hombres dentro, modificando su velocidad a conveniencia y haciendo entrar en su atmósfera esa extraña esfera que antes parecía gaseosa y que luego semejó tornarse sólida. Cualquier objeto en sus mismas circunstancias, al penetrar en la atmósfera se hubiera desintegrado, y no digo nada al caer sobre la superficie del planeta,

donde sin paracaídas ni nada por el estilo se han posado suavemente. Para conseguir tales prodigios, se necesita un avance en la ciencia del que ellos carecen, por eso hemos de averiguar el misterio que aquí se encierra.

—Comandante, ¿tiene usted en cuenta que en el Medioevo de nuestra civilización terrícola hubo un gran esplendor de lo que se dio en llamar magia y brujería?

—¿Magia y brujería? —repitió, pensativo—. Sí, es algo a tener en cuenta. No todo fue fraude; en la magia y en la brujería hubo seres excepcionales, grandes dotados capaces de conseguir fenómenos inexplicables y sus poderes no fueron transmitidos al pueblo, ni siquiera a las universidades. Bien, Boyer, manténgase atento.

Roger Foll cortó la comunicación. Saber que la nave lca-ro-2000 estaba arriba, esperando, evitaba que sin darse cuenta cayeran en aquel mundo misterioso que para ellos era reflejo de un pasado que ya no habría de volver.

Quedaron instalados en dos aposentos, los hombres en uno y Xana y Landy en el contiguo.

Roger le había preguntado a Xana:

—¿Quieres ir al otro? Si lo deseas, puedes quedarte con nosotros,

—No, no es necesario, estaré con Landy. Así podré estudiar un poco más a estos seres que no sé por qué razón, creo que no son tan simples como están dando a entender.

—¿Piensas que, efectivamente, poseen una tecnología sofisticada y que la mantienen secreta incluso para su propio pueblo?

—Una tecnología avanzada según la entendemos nosotros, es decir, una ciencia y una tecnología pareja a la nuestra o superior, no podría mantenerse oculta por mucho tiempo.

—¿Entonces?

—No sé, es como si alguien aquí tuviera unos poderes extraños y desconocidos hasta para nosotros.

—Boyer opina lo mismo que tú.

—¿Ha averiguado algo desde arriba?

—No, pero dice que es bueno tener en cuenta que la magia y la brujería podían desarrollarse bien en las circunstancias y condiciones en que vive esta gente.

—¿Un periodo de magia y brujería? Todo esto es tan extraño...

Roger Foll no estaba pendiente de la cena que la reina parecía dispuesta a dar en su honor, lo que deseaba era hallar cuando antes a los tres cosmonautas terrícolas desaparecidos.

Era ya importante que no hubieran intentado desarmarles y conociendo el poder de las armas de los terrícolas, no tratarían de atacarles.

—Voy a dar una vuelta por el castillo —dijo Roger Foll.

—¿Le acompaño? —preguntó Mohamed.

—Sí.

Demetrius preguntó a su vez:

—¿Y yo?

—No, tú quédate cerca de Xana por si necesita ayuda. Hemos de saber en todo momento dónde está cada uno de nosotros. No sería nada extraño que fuéramos atacados por sorpresa, ya que se han dado cuenta de que abiertamente podemos defendernos muy bien.

—Estaré vigilante.

Abandonaron la estancia en la que había camas y almohadones en abundancia.

Un amplio corredor les llevó hasta una de las terrazas a la que salieron y asomándose a las almenas, contemplaron la ciudad amurallada.

—No es muy grande —comentó Mohamed.

—Imagino que en este planeta existen otros minúsculos reinos como éste. Si bien poseen vastas extensiones de tierra, el núcleo que rodea al rey o reina vive en ciudades parejas a ésta y si siguen el mismo ciclo de historia que nuestra civilización terrícola, van a tener muchas guerras aún hasta llegar a la paz conseguida por nuestra Confederación Terrícola, donde todos los pueblos del planeta han llegado a hermanarse en uno solo y los ejércitos, salvo las milicias espaciales para la defensa contra posibles invasiones alienígenas, han

desaparecido.

—¡Eh, mire a ese oficial de la guardia! —señaló Mohamed a Roger Foll.

Este volvió su mirada, descubriendo a un servidor del castillo vestido con ropas vistosas y una pechera que era en sí misma la bandera que ondeaba sobre el torreón, fondo negro azulado y un círculo blanco en medio.

—Comandante, ¿no le recuerda a alguien?

Mohamed había titubeado. Roger Foll masculló en voz baja:

—Juraría que ese hombre es Santy Sotto.

—Extranjeros, ¿qué hacéis por aquí? —preguntó el extraño personaje, armado con una espada ancha y corta.

En su cinto llevaba también dos pistolas y no cabía duda de que eran muy primitivas.

—Estamos admirando las vistas que pueden contemplarse desde lo alto del castillo. Y usted, ¿quién es?

—Soy Augus Gorien, comandante en jefe de la guardia del castillo.

—¿Comandante en jefe de la guardia del castillo? Es extraordinario —opinó Roger Foll.

—¿El qué es extraordinario?

—El parecido de su rostro con el de un amigo y compañero nuestro.

—¿De veras nos parecemos? —se asombró aquel personaje.

—Sin duda.

—Pues me gustaría conocerle.

—Cuando lo encuentre, se lo presentaré. Por cierto, ¿usted está al cargo de los prisioneros que hay en las mazmorras?

—No, no es ésa mi misión.

—¿Quién se encarga de las mazmorras?

—El jefe de carceleros.

—¿Y dónde está?

—No lo sé.

Augus Gorien hizo una inclinación de cabeza y se alejó pisando fuerte, como quien sabe que si da órdenes será obedecido de inmediato y sin réplicas.

—¿Verdad que es exacto?

—Así es, Mohamed. De encontrarlo en otra parte, le habría abrazo y dicho que había hecho muy bien disfrazándose para huir.

—Pero no es Santy, sino el comandante de la guardia.

—Sí, y se ha comportado como tal, lo que no deja de ser extraño, muy extraño.

—¿Será cierto que aquí emplean la brujería?

—Es todo un misterio.

—¿No será que Santy Sotto quiere gastarnos una broma?

—¿Una broma? ¿Crees que puede tener humor para gastarnos una broma después de viajar miríadas de kilómetros a través del espacio, encerrado en una esfera y sintiéndose cautivo?

—No, claro, pero es que su parecido...

* * *

Landy mostró a Xana los grilletes que rodeaban sus muñecas al tiempo que le decía:

—Voy a que me los quiten.

—Te acompaño.

—No, no hace falta. Yo conozco el castillo y al herrero que me quitará estas horribles argollas que me hacen sentir esclava.

—¿De veras no quieres que te acompañe?

—No es necesario, descansa. Volveré en pocos instantes, unos golpes bien dados bastarán.

Xana se quedó en la amplia estancia donde había tres camas y también abundancia de almohadones y cortinajes en las paredes, ocultando los bloques de piedra que formaban los muros.

La estancia tenía una ventana alta y estrecha, partida por una columna también de piedra. Se acercó para mirar hacia el exterior y sobre una de las terrazas, junto a las almenas, descubrió a Roger Foll y a Mohamed.

—¡Comandante!

Los dos hombres miraron hacia donde estaba la joven y cambiaron un saludo con la mano.

Xana cerró de nuevo la ventana y deambuló por la amplia alcoba, observando todos los detalles.

Ansiaba que Landy regresara para continuar haciéndole preguntas con cautela, quería información sobre la forma de vida de aquel pueblo que se llamaba a sí mismo el Reino de la Inmortalidad.

Al tocar los pesados cortinajes que ocultaban las paredes, notó que había un vacío. Para ver de qué se trataba, apartó con cuidado el cortinaje, descubriendo una puerta angosta que estaba abierta y que daba paso a un túnel.

—¿Hay alguien ahí?

Su voz halló eco en las paredes del corredor secreto que acababa de descubrir.

Encendió su pequeña pero potente linterna, inundando de luz el estrecho y largo corredor.

De pronto, al fondo, descubrió a un personaje que la obligó a exclamar:

—¡Santy Sotto!

En realidad, lo que acababa de ver era un astronauta, sin poder identificar el rostro protegido por el yelmo de supervivencia espacial que cubría toda su cabeza.

El cosmonauta se alejó y Xana, sin dudarlo, fue en su persecución.

—¡Soy terrícola como tú, hemos venido a buscaros! —le gritó, temiendo que él huyera al creerla una habitante de aquel pueblo.

Si el fugitivo iba con el traje espacial, ella le daría alcance. Su libertad de movimientos era muy superior, ya que el traje espacial era pesado y restaba agilidad.

—¡Espera!

De pronto, el suelo cedió bajo Xana.

—¡Nooo!

La bella terrícola se hundió en la traidora y oscura trampa mientras gritaba pensando que al fondo de aquel pozo podía aguardarle la muerte.

CAPITULO V

Landy tenía un gesto preocupado al decir:

—Yo me he ausentado para que me quitaran los grilletes.

Mostró sus manos, ahora limpias, aunque podían verse rozaduras causadas por el acero.

—¿Xana no te ha acompañado? —preguntó Roger.

—No, no ha venido conmigo. Ella se ha quedado aquí.

—¿Y al regresar tú ya no estaba?

—Así ha sido. Yo creí qué estaba con vosotros.

Mohamed miró interrogante a Roger Foll, esperando a ver qué decía, éste sobre la inesperada desaparición de la psicóloga terrícola.

—Es muy raro que haya desaparecido.

—Si está bien, me tiene que oír —dijo Mohamed, poniendo en marcha su micro-emisor receptor—. Xana, Xana, soy Mohamed. ¿Me oyes? Responde, el comandante, Demetrius y yo te estamos buscando.

Landy miró con extrañeza el pequeño objeto. Roger Foll le aclaró:

—Este artilugio sirve para que ella nos oiga si está bien.

—¿Aunque esté lejos?

—Si, aunque esté lejos —asintió Roger Foll.

Mohamed insistió en la llamada a través del microemisor receptor, hasta que dijo:

—O ha perdido su receptor o es que Xana no se encuentra bien.

—Si le ha sucedido algo malo, alguien lo va a pagar caro —gruñó Demetrius, cerrando los puños hasta hacer blanquear sus nudillos.

—Vamos, no podemos permanecer quietos ante la desaparición de Xana. Algo desagradable ha tenido que ocurrirle.

—No creo que nadie le haya hecho daño —dijo Landy, tratando de disculpar a sus compatriotas—. ¿Por qué habrían de hacérselo?

Roger Foll la cogió por los hombros con firmeza y suavidad al mismo tiempo. Mirándola a los ojos, dijo:

—Estoy seguro de que tú nada tienes que ver con lo que aquí sucede, tú no lo sabes todo. Sería muy difícil para ti comprender quiénes somos nosotros, de dónde venimos y cómo han sido capturados los tres hombres que andamos buscando.

—La reina ha dicho que si era una equivocación y estaban en las mazmorras, los soltaría.

—Me temo que no voy a confiar mucho en la palabra de tu reina. Por cierto, ¿sabes si hay magos en el castillo?

—¿Magos?

Instintivamente, Landy retrocedió un paso, casi escapando de las manos del terrícola que trataban de retenerla.

—Sí, magos, seres capaces de hacer grandes prodigios.

—No sé —balbuceó, asustada, con un temblor en sus labios carnosos.

—Seres capaces de levantarse del suelo sin sostenerse en parte alguna, de volar como los pájaros...

—No sé, no sé...

—Sí que sabe, lo que pasa es que no quiere decirlo —acusó Mohamed.

Los ojos de Landy semejaron suplicar.

—No puedo deciros nada, nada.

—¿Por qué?

—Yo no sé lo que ha podido ocurrir. Puede que Xana haya salido a pasear, a buscaros.

—No —replicó Mohamed—. Si estuviera paseando, nos hubiera oído.

—Vamos, hay que ver a la reina.

—Tened cuidado, es benévola a veces pero despiadada con los

enemigos, y puede ser que a vosotros os considere enemigos.

—No temas, Landy, sabemos protegernos y si algo nos sucede a nosotros, arriba en el cielo hay quien nos protege.

—O quien nos vengaría si nos sucediera algo —puntualizó Mohamed.

—Tenemos que encontrarla —dijo Demetrius, yendo ya hacia la puerta.

—Vamos. Tu. Landy, quédate aquí.

—Quiero ir con vosotros.

—No, tú no sabes nada y es mejor que sea así. Ya he visto que aquí se cortan demasiadas cabezas y no me extrañaría que injustificadamente.

Demetrius opinó:

—Esa forma de cortar cabezas y ahorcar a la gente me parece un control demográfico muy bestia. Si continúan así, no tendrán crecimiento cero, sino que se van a quedar la reina y el verdugo solos.

Los tres cosmonautas terrícolas salieron del aposento dejando a Landy sola.

Por los corredores se dirigieron al salón del trono.

La reina estaba allí y su escolta armada parecía triplicar la cantidad de guardias que vieran la vez anterior. Había guardias armados con una especie de lanzas cortas con varias puntas afiladas.

Otros tenían una especie de arcabuces y los demás llevaban espadas cortas y anchas y pistolas primitivas de un solo disparo al cinto.

Todos utilizaban peto de acero como protección. Frente a la reina se estaba celebrando una especie de juicio.

Un hombre que vestía de oscuro hablaba con mucha vehemencia señalando a otro hombre que se hallaba entre dos guardias y tenía las manos atadas a la espalda.

—¡Por las lunas de Júpiter! —exclamó Demetrius—. ¿Qué es lo que estoy viendo?

Mohamed miró a la reina y luego se frotó los ojos para mirar a

Roger Foll.

—¿Puede ser eso posible, comandante?

—¡Es Xana!

—Sí, eso me ha parecido a mí, pero ella no puede ser la reina…

—No lo comprendo. La reina tenía el cabello negro, con reflejos azulados, y ahora es castaño claro. Es Xana.

—¿Y cómo es que los demás no se dan cuenta?

—No lo sé. Aquí ocurre algo muy raro, están todos gastándonos una broma que no comprendo o aquí hay algo que no encaja en absoluto.

—Eh, ahí está Santy Sotto —señaló Demetrius, alzando un tanto su vozarrón.

—Sí, es el comandante en jefe de la guardia.

—También veo a René y a Morgan —dijo ahora Roger Foll—. Están a la derecha de la reina, como cortesanos o algo que se le parece.

—Pues si están todos aquí, ¿por qué nos hemos de preocupar? —rezongó Demetrius, encogiendo sus fuertes hombros.

—Sí, están ahí, pero no están como debieran.

Mohamed preguntó:

—¿Les habrán lavado el cerebro?

—¿Con qué intención? ¿Crees que a alguien que le lavaran el cerebro lo pondrían en el lugar más importante de una nación?

—No, claro, es absurdo que Xana esté ocupando el lugar de la reina de este país y que los demás lo acepten como lo más natural.

—Diríase que somos nosotros los que estamos ocupando los puestos claves del mando de este país, lo que no entiendo es por qué y para qué.

Demetrius, que al ver a Xana y a sus restantes compañeros de viaje espacial se había tranquilizado, se rió levemente y dijo:

—Si me pierdo, creo que me vais a encontrar luego convertido en el verdugo, pero por más que me laven el cerebro no le voy a

cortar la cabeza a nadie.

—¿Qué hacemos ahora? —inquirió Mohamed, completamente desconcertado.

—No lo sé. Tengo la impresión de estar al borde de una gran trampa, a punto de caer en ella.

—¿Y quiénes preparan la trampa? —quiso saber Mohamed.

—Eso es lo que desearía averiguar. Ahora, de nada serviría irrumpir delante de la reina e inquirirle por el paradero de Xana cuando la propia Xana está en el lugar de la reina.

Demetrius preguntó:

—¿Nos reconocerá?

—No —le respondió Mohamed—. El propio Santy Sotto no nos ha reconocido pese a que hemos hablado con él.

—¿Y si estuviéramos alucinados? —se le ocurrió preguntar a Mohamed de pronto.

Demetrius, casi en un cuchicheo, inquirió:

—¿Insinúas que vemos lo que no es, que Xana no es la reina ni Santy Sotto el comandante de la guardia?

—Podría ser, ¿no? Es una de las normas a tener en cuenta cuando se llega a planetas desconocidos.

—Sí, es una hipótesis admisible —opinó Roger Foll.

—¿Y cómo averiguamos si estamos alucinados o no? —preguntó Demetrius.

—Si cometemos la tontería de enfrentarnos a ellos ahora, podrían dispararnos sus armas primitivas que no dejan de ser mortíferas —objetó Mohamed.

—Podemos seguirles el juego a ver en qué termina todo esto —repuso Roger Foll.

—Mi comandante, si yo fuera usted, comunicaría a los de la cosmonave lo que está pasando por si llega el momento y nos pueden echar una mano, ¿no cree?

—Sí, será lo mejor. Ponte en un lugar un poco reservado, que no

se note que hablas por el micro emisor-receptor y comunícate con la Icaro-2000. Explícales lo que ocurre, lástima que no les podamos tomar imagen.

—Sí puedo, mi comandante.

—¿Cómo?

—Traigo conmigo una microtelecámara con videotape incorporado. Si tomo imágenes y salto a una terraza, las puedo enviar a la cosmonave.

—Ignoraba que hubieras bajado esa microtelecámara con videotape incorporado.

—Es un trabajito mío, comandante —le dijo Mohamed, sonriente, mostrándole una especie de caja no mayor que dos puños, bastante plana, con diversos botones y un objetivo incrustado en ella.

—Adelante, y que en la Icaro lo confirmen. Si es una alucinación por nuestra parte, no se grabará en el videotape. En la pantalla de televisión de la nave Icaro verán la verdad y nos la comunicarán de inmediato.

—Esa es la solución —aceptó Mohamed contento, poniendo en marcha su microtelecámara, construida por sus habilidosas manos en sus ratos de ocio.

—Enfócales bien la cara a los cuatro, especialmente a Xana —pidió Roger.

—Sí, quedarán bien claros los primeros planos.

En aquel momento la reina, cuyo rostro era idéntico al de Xana, se inclinó hacia su derecha haciendo un gesto con la mano.

Uno de los hombres que estaban a su lado, precisamente Morgan, uno de los cosmonautas terrícolas, se inclinó para oír las palabras que ella le dijo al oído.

—Cuidado, va a decir algo importante.

El supuestamente desaparecido Morgan, tomó el mazo de un gong bruñido y brillante y lo golpeó. El sonido se prolongó como ondas inacabables, y tuvo la virtud de hacer que todos se callaran y se arrodillaran en señal de acatamiento.

—El veredicto de este juicio es que el acusado es culpable y por

tanto, reo de muerte. Le será separada la cabeza del cuerpo en el patíbulo del castillo. Esta sentencia se cumplirá mañana al amanecer. Este juicio es inapelable, he hablado en nombre de su Majestad la Reina del Imperio Inmortal.

Nadie dijo nada. Volvieron a levantarse tras ser dictada sentencia y los dos guardias que escoltaban al reo cogieron a éste por los brazos y se lo llevaron.

— Esto tiene que ser una alucinación. Vemos a Xana donde en realidad hay otra mujer.

—Y si no es Xana, ¿dónde está nuestra compañera? —preguntó Demetrius.

—Lo averiguaremos, pero creo que no debemos precipitarnos. Hay algo intangible en el ambiente.

Mohamed dijo:

—Ya tengo la filmación.

—Ve rápido al descubierto y envíala a la Icaro-2000. Quiero confirmación rápidamente.

—Sí, en seguida.

Mohamed se apartó de sus compañeros.

El salón del trono fue quedando despejado al alejarse de allí la gente que había acudido a presenciar el proceso, pero la guardia y los cortesanos y consejeros más cercanos a la reina, no se movieron de sus sitios.

—Acercaos, extranjeros —pidió de pronto la reina, encarándose con Roger y Demetrius.

El silencio que había en el salón hizo que no se perdiera una sola silaba pronunciada por la enigmática mujer.

—La voz no parece la de Xana —opinó en tono bajo Demetrius, sin dejar de avanzar.

—Quizás esté muy puesta en su papel de reina —arguyó Roger.

—¿Os halláis cómodos en vuestros aposentos? —preguntó la reina mientras la guardia y los cortesanos se fijaban en Roger Foll y Demetrius.

—Sí, majestad, son amplios y confortables; sin embargo…

—¿Alguna objeción? Decid lo que sea, trataremos de ponerle solución.

—Majestad, vos no tenéis la misma cara que esta mañana.

—¿No? —se llevó la mano a la barbilla, como acariciándola—. ¿Y qué pensáis que le ocurre a mi rostro?

—Que es diferente a esta mañana,

—Eso es un poco ambiguo. Por cierto, ¿estoy más bella o acaso el peso de la corona hace que al paso de las horas la fatiga se refleje en mi rostro?

—Estáis más bella, majestad.

—Sois halagador, extranjero. ¿Qué os ha parecido el juicio que acabáis de presenciar?

—No estoy muy seguro, pero creo que al reo se le acusaba de robo. ¿No es así, majestad?

—En efecto. Ha robado en la ciudad y se le ha aprehendido llevando encima lo robado. No cabía duda de que era el ladrón.

—Majestad, una sentencia de muerte para un ladrón es una crueldad.

La guardia hizo un movimiento de alerta. Demetrius torció el gesto al ver que los arcabuces les encañonaban, e instintivamente, llevó su mano a la pistola que colgaba de su cinturón.

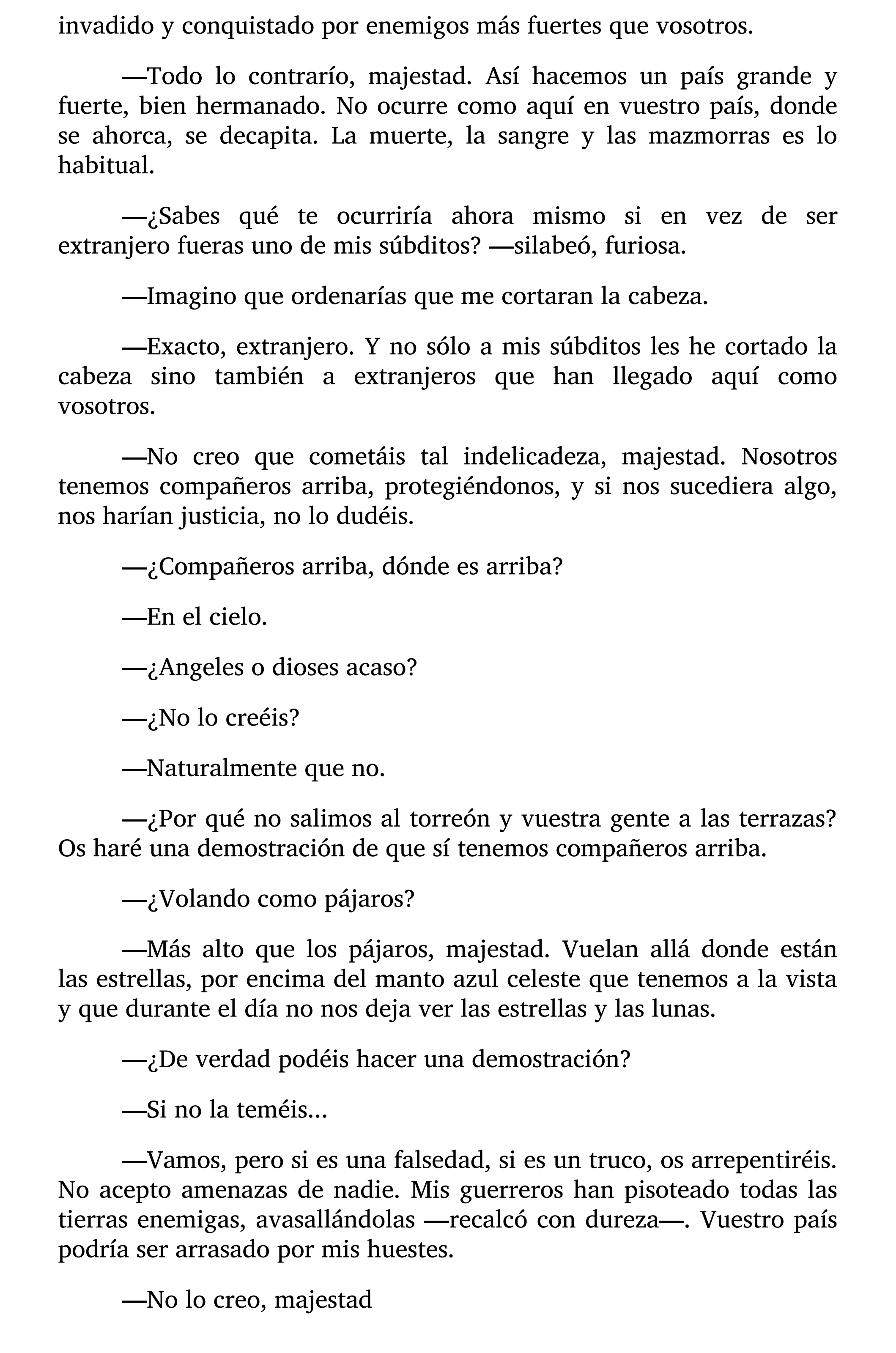
—Sois duros con las palabras, extranjeros. ¿Qué habríais hecho en vuestro país ante un caso similar?

—Habríamos internado al culpable en un centro de readaptación.

—¿De qué?

—Readaptación. Un lugar amplio donde hay talleres para aprender oficios. Allí trabajaría y se le enseñaría que no es bueno robar, para que cuando saliera otra vez a vivir su vida trabajara como los demás.

—Sois muy blandos —se rió la reina, burlona e hiriente—. Si continuáis así, vuestro país, vuestro reino terminará por desaparecer,


invadido y conquistado por enemigos más fuertes que vosotros.

—Todo lo contrarío, majestad. Así hacemos un país grande y fuerte, bien hermanado. No ocurre como aquí en vuestro país, donde se ahorca, se decapita. La muerte, la sangre y las mazmorras es lo habitual.

—¿Sabes qué te ocurriría ahora mismo si en vez de ser extranjero fueras uno de mis súbditos? —silabeó, furiosa.

—Imagino que ordenarías que me cortaran la cabeza.

—Exacto, extranjero. Y no sólo a mis súbditos les he cortado la cabeza sino también a extranjeros que han llegado aquí como vosotros.

—No creo que cometáis tal indelicadeza, majestad. Nosotros tenemos compañeros arriba, protegiéndonos, y si nos sucediera algo, nos harían justicia, no lo dudéis.

—¿Compañeros arriba, dónde es arriba?

—En el cielo.

—¿Angeles o dioses acaso?

—¿No lo creéis?

—Naturalmente que no.

—¿Por qué no salimos al torreón y vuestra gente a las terrazas? Os haré una demostración de que sí tenemos compañeros arriba.

—¿Volando como pájaros?

—Más alto que los pájaros, majestad. Vuelan allá donde están las estrellas, por encima del manto azul celeste que tenemos a la vista y que durante el día no nos deja ver las estrellas y las lunas.

—¿De verdad podéis hacer una demostración?

—Si no la teméis…

—Vamos, pero si es una falsedad, si es un truco, os arrepentiréis. No acepto amenazas de nadie. Mis guerreros han pisoteado todas las tierras enemigas, avasallándolas —recalcó con dureza—. Vuestro país podría ser arrasado por mis huestes.

—No lo creo, majestad

—¿Ponéis en duda el valor de mis soldados?

—No, majestad, pero si vuestros poderes que son limitados, salvo que vos también podáis demostrarme que tenéis grandes poderes. Por ejemplo, un mago o un grupo de magos que puedan realizar hechos y cosas sorprendentes, más propias de dioses que de los hombres.

—Vamos al torreón.

La reina abandonó su trono y echó a andar seguida por la escolta. Roger Foll y Demetrius la acompañaron.

Tras subir una infinidad de peldaños en espiral, llegaron a lo alto del torreón y pudieron ver que las terrazas estaban llenas de súbditos y servidores del Reino de la Inmortalidad.

—Y ahora, ¿cuál es la demostración?

Roger Foll, mirando a su alrededor, le hizo observar:

—Majestad, veo un bosque frondoso, también unos campos sembrados y el rio. ¿Qué es lo que más os agrada de cuanto desde aquí se ve y se halla fuera de la ciudad?

—El bosque es un lugar muy hermoso.

—Bien.

Abrió disimuladamente el micro emisor-receptor incorporado en su reloj de pulsera y habló delante de él.

—Roger Foll llamando a Icaro-2000…

—Comandante, le escucho, estoy atento. ¿Cómo va todo?

—No lo sé aún. ¿Tienes localizada la zona?

—Afirmativo.

—¿Ves la ciudad?

—Afirmativo —volvió a decir Boyer.

—¿Localizas un bosque que hay junto al rio? Son árboles grandes y frondosos.

—Afirmativo, lo tengo en la pantalla.

—Cuando te diga «fuego», que quede reducido a cenizas.

—¿Una demostración, comandante? —preguntó la voz de Boyer.

—Exacto.

—Espero la orden.

La reina observaba a Roger Foll. Este la miró y sonriendo, dijo:

—Xana, ¿puedes pedir que toquen las trompetas del castillo?

—¿Qué dices?

—Que si pueden tocar las trompetas del castillo. Es para que se enteren todos de que algo importante va a suceder.

—Creí que me habías llamado por un nombre extraño...

Se volvió hacia uno de los cortesanos que no se separaban de ella y que no era otro que René, o por lo menos, su cara era exacta.

Este se alejó y al poco, en una de las terrazas altas aparecieron una docena de trompeteros que obedeciendo a una señal a distancia, comenzaron a hacer sonar sus largas trompetas. El sonido debió escucharse en toda la ciudad.

Cuando las trompetas dejaron de oírse, la reina, sarcástica, observó:

—No ha sucedido nada.

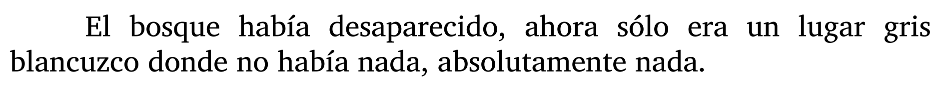
—¡Fuego! —ordenó Roger Foll.

Del cielo celeste y limpio pero que no dejaba ver las estrellas y mucho menos la cosmonave terrícola que permanecía en órbita, a una considerable altura, brotó un rayo rectilíneo y de luz vivísima que cayó en mitad del bosque de frondosos árboles de oscuro follaje que, de pronto, se tornó blanco, con una luz tan viva que resultaba cegadora, imposible de soportar.

Se escuchó como un fragor y se produjo un ventarrón súbito, un viento violento que quemaba los rostros y las manos. Después, el rayo que surgía del cielo desapareció.

Cuando el viento caliente cesó, todos pudieron volver a mirar hacia el bosque.

Se produjo un rumor de miedo y todos volvieron sus cabezas hacia el torreón donde estaba la reina y también los extranjeros.


El bosque había desaparecido, ahora sólo era un lugar gris blancuzco donde no había nada, absolutamente nada.

—Cierto que tienes amigos arriba, pero no me dais miedo, extranjero.

—No era ésa mi intención; no obstante, era conveniente que supierais que no estamos solos.

—Yo también tengo poderes, más de los que imaginas.

—¿Como el de cambiar de rostro, majestad?

—No sé a qué te refieres, pero es mejor para ambos que seamos amigos. Esta noche sois mis invitados de honor, podremos hablar de muchas cosas y me gustaría que tus amigos que están en el cielo descendieran para asistir también a la cena.

—Eso es imposible por el momento —respondió Roger.

—De todos modos, serán mis invitados de honor en todo momento pese a que han arrasado mi bosque favorito.

Dicho esto, la reina dio media vuelta y se alejó del torreón, dejando a los dos terrícolas en él.

—Creo que han quedado impresionados —comentó Demetrius.

—Sí, ha sido una buena demostración —abrió la comunicación a través del micro emisor-receptor—. Roger Foll llamando a Icaro-2000.

—Le escuchamos, comandante —respondió de inmediato la voz de Boyer.

—Ha sido una buena lección.

—Perfecta, comandante. Tenemos en pantalla lo que ha quedado del bosque y no van a encontrar ni una raíz. No es que me guste asolar la naturaleza, pero en estas circunstancias, es preferible destruir un bosque que una ciudad. ¿No es cierto?

—Así es. Ahora, Boyer, ¿qué tal las caras?

—¿Qué caras, comandante?

—Las que te ha enviado Mohamed para que las identificaras.

—Mohamed no se ha comunicado con nosotros, comandante.

—No es posible. ¿Estás seguro?

—Completamente, no me he despegado de la sala de mandos. Mohamed no se ha puesto en contacto con nosotros.

—Está bien. Si lo hiciera en algún momento, comunícate de inmediato conmigo.

—Cumpliré su orden, comandante.

Cuando dio por terminada la comunicación, Roger Foll y Demetrius se miraron. Este último, que había estado escuchando la conversación expuso:

—Creo que Mohamed también ha desaparecido y no tardaremos en verlo vestido de guardia o de cortesano.

CAPITULO VI

Roger Foll se encontraba en el dilema de decidir entre emplear la violencia para volver a reunir a sus cosmonautas o esperar el curso de los acontecimientos.

Santy Sotto, Morgan, René, Xana y por último Mohamed, habían desaparecido; sin embargo, reaparecían como personajes totalmente distintos.

Se había dado cuenta de que era inútil tratar de hacerles ver quiénes eran en realidad. Llevaban sus nuevas identidades como si hubieran sido esos personajes durante toda una vida.

No les encontraba fallos por donde sorprenderles, pero el personaje que más le desconcertaba era el de la propia reina.

¿Cómo podía Xana ocupar el tugar de la reina sin que todos los cortesanos y la guardia se rebelasen? Era inaudito.

—¿Qué hacemos? —preguntó Demetrius.

—Hay que tomar una decisión.

—¿Cuál?

—Podríamos pedir que descendieran diez hombres bien armados y por la fuerza registrar el castillo de arriba abajo.

—¿Para qué? Si ya sabemos dónde están nuestros amigos y compañeros.

—Tienes razón, Demetrius, pero en todo esto hay un misterio que desconocemos y debemos descubrirlo.

—¿Tendrán que ver esos misterios de los que habla con los poderes que ha dicho poseer Xana, digo, la reina?

—Es posible. No sabemos de qué se tratan esos poderes. Pueden ser sólo un *bluff*, o una realidad, y me inclino por esta última hipótesis.

—¿De veras piensa que tiene facultades extraordinarias?

—¿Y tú no, Demetrius? ¿Cómo se llevaron entonces a Santy

Sotton, René y Morgan?

—Es cierto. Nosotros no poseemos nada igual, nada que se le parezca. Una nubecilla que se convierte en una trampa para cosmonautas y que se los lleva a través del espacio sin motores visibles, porque no sabemos con qué propulsión se movía esa esfera que se llevó a nuestros compañeros.

—Así es. Si hace falta, registraremos por la fuerza el castillo hasta sus cimientos.

—¿Y los compañeros?

—Nos los llevaremos.

—¿A la fuerza? —preguntó Demetrius, en cierto modo divertido.

Tenía una tranquilidad de fondo al comprobar que todos los desaparecidos gozaban de buena salud, salvo, claro está, que no les reconocían.

—Sí, a la fuerza, y en la Icaro-2000 ya veremos qué se hace para relavarles el cerebro.

—¿Y por qué no actuamos ya?

—No, daremos un margen.

—¿De cuánto tiempo?

—Mañana al amanecer, cuando el verdugo quiera demostrar que conoce bien su sangriento oficio, si no hemos resuelto nada ordenaré que baje una patrulla de hombres bien armados.

—¿Y esta noche?

—Esta noche, nosotros trataremos de averiguar lo que podamos.

—¿Después de la cena?

—Sí.

—¿Jugándonos la piel?

—Sí.

—Magnífico, comandante, ya comenzaba a estar preocupado por no hacer nada. Esta gente no me cae bien y no sé por qué. Es algo que no se ve pero se intuye.

—Sí, a mi me sucede lo mismo. Siento como un rechazo instintivo hacia ellos. No puedo demostrarlo, pero en todo esto se esconde algo muy tenebroso.

—Lo averiguaremos, comandante.

—Puedes estar seguro de ello, Demetrius. Ahora, asistiremos a la cena, y ten mucho cuidado.

—¿Teme que nos pongan una pócima en la comida o la bebida?

—En una época semejante a la que viven en este reino, nuestros ancestros terrícolas eran muy aficionados a envenenar a su prójimo.

—¿Y cómo podremos evitar ser envenenados?

—Antes de cenar, nos pondremos en contacto con Boyer y así cada diez minutos, hasta que hayamos hecho la digestión. En el momento en que dejemos de comunicarnos con Boyer porque nos suceda algo, él enviará la patrulla armada.

—Si los dos bebemos y comemos cosas distintas, podemos vigilarnos mutuamente. Si usted come una cosa, yo tomaré de otra, y a la inversa. Si nos envenenan, sólo se cargarán a uno de los dos.

—De acuerdo, Demetrius. Esperemos que si está en su pensamiento envenenarnos, no pongan veneno en dos lugares distintos.

Cuando anocheció, Roger Foll le dijo a Demetrius, que había estado dormitando para tener menos sueño durante la noche:

—Voy a ver a Landy. No te muevas de aquí bajo ningún pretexto, si ves algo anormal, cualquier cosa que te suceda, te pones de inmediato en contacto conmigo. ¿Comprendido?

—Afirmativo, como diría la computadora.

—Bien. Iremos juntos a esa cena y veremos qué es lo que sucede. Luego, te quiero despejado para poder recorrer el castillo mientras todos duermen.

—Ardo en deseos de ver las mazmorras. Voy a sentir un gran placer abriendo esas jaulas.

—Sí, creo que le hace falta un poco de ventilación a este sitio.

Roger Foll salió del aposento y llamó a la puerta contigua.

—¿Quién es? —preguntó la voz de Landy, aniñada y muy femenina.

—Roger Foll, el extranjero.

Cuando ella abrió la puerta, vio a Landy a la luz de varias lámparas de aceite.

La joven estaba bellísima. Vestía una túnica rosada, casi blanca, con unos cintos de piel bordados con piedras preciosas que ceñían su cintura, sus ingles y sus pechos como si fueran arneses que lo que hacían era poner de relevancia sus atrayentes redondeces femeninas, sus caderas, sus pechos, su cintura, el triángulo apretado que se formaba entre la cintura y las ingles.

El cabello áureo estaba muy bien cepillado, tenía en sí mismo reflejos brillantes y sobre la frente lucía una fina diadema.

El color de su piel era blanco y los ojos, de un azul fuerte, destacaban en el rostro donde los labios se veían plenos de color.

—¿Qué te sucede, Roger?

—Estás maravillosa.

Ella parpadeó, como avergonzada. Bajando el tono de su voz, preguntó:

—¿Querías pasar?

—Sí. Venía a estar unos minutos contigo antes de ir a la cena que la reina da esta noche.

—Entra.

Landy cerró la puerta cuando el terrícola se internó en la amplia estancia iluminada por varias lámparas de aceite. Olía agradablemente, era como si hubieran derramado sobre los esponjosos almohadones extraños pero embriagadores perfumes.

—¿Todo está bien, Roger?

—No.

—Lo siento.

—¿No me preguntas dónde están Xana y los demás?

—Sí los hubierais encontrado, lo habrías dicho. ¿No es cierto?

—Sí, te lo hubiese dicho. Landy, Landy, la cabeza me va a estallar. Hemos llegado de muy lejos, de más allá de las estrellas.

—Sí, sé que venís de muy lejos y que tenéis el poder del rayo que cae del cielo en vuestras manos.

—¿Lo has visto?

—Sí.

—Nosotros no íbamos a venir a este planeta. Tengo que decírselo a alguien, Landy.

Se acercó y la cogió por los brazos sin que la muchacha lo rechazara.

—Pero habéis venido.

—Este lugar parece encantado, ya dudo si tengo alucinaciones o son todo extrañas e incomprensibles realidades.

—Hay muchas cosas que los hombres, por muy sabios que sean, jamás podrán comprender.

—Landy, Landy, yo me he educado con una lógica, con la ciencia, y a todo he de buscarle la solución. No puedo evitarlo.

—Roger —musitó ella con actitud cariñosa, alzando sus manos y tocándole el rostro con las suaves yemas de sus dedos. La caricia estremeció al terrícola—. No es lógico todo lo que nos rodea, no lo es, hay misterios, muchos misterios insondables.

—No, no creo en misterios insondables. Yo creo que todo tiene una explicación racional, y cuando decimos que algo es ilógico y absurdo, es que nos falta información y es esa información lo que hay que buscar.

—No es bueno pensar como tú lo haces, Roger.

—Yo soy el comandante de una cosmonave. ¿Sabes lo que es eso?

Ella movió la cabeza negativamente.

—Bueno, es como ser el capitán de un barco que está lejos, muy lejos de la tierra firme, tanto que se encuentra con tierras desconocidas y ya no sabe si va a poder regresar y es responsable de su tripulación.

—¿Hay muchos hombres en tu barco?

—Unos cuantos.

—¿Muchos?

—¿Por qué quieres saberlo? —le preguntó, mirándola a los ojos inquisitivamente.

—Era por saber cuánto sufrías. Encontrarás a tus hombres y a Xana también, no puede haberles ocurrido nada.

—Ya los hemos encontrado.

—¿No me habías dicho que no? —exclamó ella, sorprendida.

—Ahora, la reina es Xana,

—¿Qué dices?

—Incomprensible, ¿verdad?

—No puedo entenderte.

—Tu reina, la reina del Imperio Inmortal como llamáis a este lugar, es Xana, un miembro de la tripulación de mi cosmonave.

—No es posible. La reina es la reina y Xana ha llegado contigo. Ella no es la reina.

—Cuando la veas, tú misma te convencerás. Y uno de mis hombres es el jefe de la guardia del castillo aunque tenga otro nombre ahora.

—Estás tratando de confundirme y yo soy una pobre tonta que no alcanza a comprender todo lo que dices.

—Landy, Landy… —bajó el tono, enronqueciéndolo, la acercó más hacia si y la estrechó con fuerza. Buscó sus labios, pero ella ladeó la cabeza—. Landy, yo tampoco entiendo nada, absolutamente nada.

—Entonces, ¿por qué te torturas?

—Porque no puedo perder a mis tripulantes. He de encontrarlos a todos y regresar con ellos a mi barco, que está entre las estrellas, aguardando nuestro regreso.

—¿Lo ves, Roger? Tú me confundes, yo no puedo entender que haya un barco entre las estrellas sin que se caiga.

—Seria muy largo explicarte todo esto, Landy, demasiado largo. Me sentiría más tranquilo si supiera cuáles son los poderes de la reina.

—¿Los poderes?

—Sí.

—Su ejército.

—No, no, ha de ser mucho más que ese ejército de hombres que utilizan armas toscas y primitivas.

—No tiene el rayo que tú posees, ¿verdad?

—Sí, ellos no lo tienen, pero la reina domina un poder que no quiere revelar. ¿Lo conoces tú?

—No. Estás obsesionado con lo que te sucede. Limpia tu mente de preocupaciones y verás como todo se resuelve.

—No, Landy, las soluciones no hay que esperar a que se resuelvan solas. Hemos de ser nosotros los que busquemos las soluciones.

—¿Tu esposa dice lo mismo?

—¿Mi esposa?

—¿No tienes mujer?

—No.

—¿Es que no te agradamos las mujeres?

—Claro que sí.

—¿Xana te gusta?

—Sí.

—¿Y por qué no la haces tu esposa?

—También me gustas tú.

—¿Yo? Yo no soy de tu país, no entiendo vuestras costumbres, no te entendería jamás.

—Claro que me entenderías, Landy. Creo que tú eres lo único puro que hay aquí.

—¿Qué quieres decir?

—No sé... Hablando a vuestra manera diría que algo infernal flota en el ambiente, y no sé qué es. Trato de averiguarlo y no lo consigo, y no puedo perderme totalmente. Arriba entre las estrellas aguarda mi cosmonave, mi barco volador, como tú dices. He de regresar y no puedo hacerlo solo, he de volver con mis hombres, con Xana. Hemos de regresar todos para proseguir nuestro periplo entre las estrellas.

—¿Acaso sois pequeños dioses?

—No, no somos dioses, simplemente somos más viejos que vosotros. —¿Más viejos?

—No lo digo por los años que yo pueda tener, sino porque nuestra civilización tiene más milenios de existencia que la vuestra, y por vieja, posee mayores conocimientos. Pero si seguís la evolución normal, llegaréis a saber lo mismo que nosotros, si es que no os destruís vosotros mismos.

—¿Con la pólvora?

—¿La pólvora? Eso es sólo el principio. Luego vendrán explosivos muchísimo más poderosos que podrán destruirlo todo; pero, ¿de qué hablamos ahora...?

La estrechó contra sí cuando se escuchó un lejano gong.

—Nos llaman para la cena. Es en tu honor, Roger.

—Está bien, vamos, pero luego estaremos juntos. Por cierto, ¿conoces el castillo?

—¿Quieres que os sirva de guía?

—Pues sí.

Casi inmediatamente después, sonaron unas trompetas. Su sonido se extendió por todo el castillo.

Abandonaron la estancia. En el corredor aguardaba Demetrius.

—Vamos, Demetrius.

Landy les condujo a la amplia sala sonde tendría efecto la cena en honor de los extranjeros,

Vieron que estaba muy bien iluminada, con infinidad de luces parpadeantes.

Había un nutrido grupo de cortesanos, hombres y mujeres, ricamente ataviados y vasallos del castillo disponiendo los manjares en las tres mesas, una presidencial y las dos laterales.

La guardia armada ocupaba lugares estratégicos para protegerlos.

—Parece que va a ser una cena pantagruélica —opinó Demetrius.

—No comas en exceso. Demetrius, no lo olvides.

Había corros de personas que hablaban entre sí, al ver entrar a los extranjeros terrícolas, todos se volvieron a mirarlos, pero nadie se les acercó.

Sonaron de nuevo las trompetas e hizo acto de presencia la reina, escoltada por su guardia personal.

Al frente de la misma, engalanado como un pavo, iba Santy Sotto, aunque ahora utilizaba otro nombre.

Todos se inclinaron, con reverencias ostensibles. Después, se acercaron a las mesas como si cada uno de ellos supiera muy bien dónde debía colocarse.

—Fíjate, Landy. ¿No es Xana?

Landy miró al rostro de la reina y en voz baja dijo sencillamente:

—Es la reina.

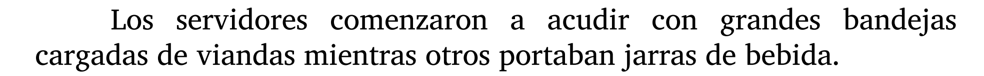
Roger Foll quiso replicar, pero recordó que una de las hipótesis era que estuvieran sufriendo una alucinación, producida por algún poder oculto e ignorado.

—Acercaos a la mesa, esta cena es en vuestro honor —les dijo la reina, encarándose con los terrícolas.

Roger, Demetrius y la bella Landy se aproximaron a la mesa presidencial y la reina les invitó a sentarse, Roger a su izquierda y Demetrius a la derecha. Landy quedó junto a Roger.

La reina hizo una señal a uno de sus servidores que no era otro que René, y éste dio unas palmadas.

De inmediato, empezó a sonar una lánguida música de cuerda mientras se reanudaban las conversaciones casi con algarabía.


Los servidores comenzaron a acudir con grandes bandejas cargadas de viandas mientras otros portaban jarras de bebida.

—Extranjero...

—Majestad, ¿por qué no me llamáis Roger?

—Está bien, Roger. ¿Y tu compañero?

—Su nombre es Demetrius.

—Roger y Demetrius, extraños nombres para nosotros, no los había oído jamás. Landy...

—¿Sí, majestad?

—¿Qué te parecen estos extranjeros?

—Muy apuestos y valientes, majestad.

Antes de que la reina dijera nada más, Roger Foll cogió una jarra por el asa. Demetrius lo vigilaba de reojo, comprobando que la jarra que él cogía era de bebida distinta.

—¿Vuestros compañeros continúan arriba, en el cielo?

A Roger le parecía increíble estar viendo el rostro de Xana y hablar con ella como si fuera otra persona. Pero, ¿qué podía decirle si ella no se identificaba como Xana?

Y si era efectivamente Xana, ¿dónde estaba la reina?

Por un momento, tuvo la impresión de hallarse inmerso en un mundo de locos, locos movidos a distancia por una fuerza oculta, pero aquellos locos estaban armados y él no era inmortal.

Podía enfrentarse a ellos, mas nada iba a conseguir encañonándoles con su pistola. Seguirían su plan y durante la cena daría a entender que rebajaba su vigilancia.

—Icaro-2000, ¿me oís? —preguntó con disimulo, poniendo su mano por delante.

—Sí. ¿Todo bien?

—Perfectamente, pero que esté dispuesta una patrulla armada por si la reclamo.

—A la orden, comandante.

Las pequeñas comunicaciones se iban sucediendo. Para Roger Foll no era ningún placer aquella cena, estaba atento a cualquier posibilidad de envenenamiento.

—¿No estás contento, Roger? —le preguntó a la reina.

—No, no estoy contento.

—¿Tus compañeros?

—Sí.

—Mis hombres están revisando las mazmorras.

—Creí que sería una tarea más fácil, salvo que tengáis mazmorras a millares.

—Seguro que no les habrá sucedido nada.

—Eso espero.

—¿Te agradan los manjares?

—Sí, majestad, y prefiero que no me digáis de qué se trata.

—¿Tenéis aprensión hacia cierta clase de animales?

—Probablemente. No me gustaría comer reptiles, batracios u otros bichos semejantes.

—¿Qué carnes os gusta comer?

—Las de los herbívoros.

—Entonces, comed tranquilos.

La bebida era una especie de vino que no estaba sacado de la uva. Le dijeron el nombre del vegetal y no supo cuál era. No le importó gran cosa, pero comenzó a sentir la cabeza espesa.

Ya a los postres, la reina habló para todos, presentándolos como embajadores de un país amigo y exigió que allá donde quiera que les viesen, fueran bien tratados.

Posteriormente, la cena fiesta fue languideciendo hasta que la reina se levantó, deseándoles felices sueños.

—Comandante, tengo la cabeza espesa —masculló Demetrius.

—Yo también. Ten cuidado con lo que haces, no te duermas y

busca agua para refrescarte si puedes.

—Aquí no hay mucha agua —se lamentó Demetrius.

Landy esperó a que la acompañaran los dos terrícolas y estos así lo hicieron

—¿Y dónde están los magos que no acuden a la fiesta? Porque no hay reino sin magos —le observó Roger Foll.

Llegaron al aposento de Landy. Esta le cogió por el brazo y en tono bajo, casi con vergüenza, le pidió:

—¿Puedes acompañarme un poco?

—¿En tu aposento? —preguntó él, mirando aquel rostro que le parecía maravilloso, aunque también el de Xana se lo parecía y no sabia cuál ejercía más atracción sobre él.

—Demetrius, me reuniré después contigo.

—A la orden, comandante.

Demetrius se alejó por el pasillo hasta la siguiente puerta y Roger Foll entró en el aposento de Landy, donde había varias camas, almohadones y sensación de aislamiento.

—Si la reina te lo propusiera, ¿no te agradaría quedarte para siempre en el Reino de la Inmortalidad?

—No.

—¿Por qué?

—Estoy bien con mi cosmonave, viajando entre las estrellas. Así sirvo a la Confederación.

—¿Qué es eso de la Confederación?

—Una unión de países para que no haya guerras entre nosotros.

—Eso está bien. Y los reyes, ¿qué hacen, viven todos juntos?

—No hay reyes.

—Qué extraño…

—Nuestro sistema de vida es muy distinto al vuestro, nadie se inclina ante nadie.

—¿Y no hay ricos y pobres?

—Ricos sí hay, pero mendigos miserables como aquí, no; tampoco hay casuchas como esas que están al otro lado de las murallas.

—Sería muy interesante visitar tu país. ¿Cómo le llamas?

—Confederación Terrícola.

—No había oído hablar de ella jamás.

—Ni yo tampoco del Reino de la Inmortalidad. Por cierto, ¿por qué Inmortalidad, tenéis la pretensión de no morir nunca?

—Es que no morimos nunca.

—No lo dirás por los ahorcados y decapitados…

—No hablemos de esas cosas, Roger.

Se acercó á él y lo abrazó por la cintura, sin pudor. Roger notaba que la bebida le pesaba en el cerebro, pero también sentía todo su cuerpo con mayor temperatura.

—¿Preferirías que fuera Xana y no yo la que estuviera aquí, a solas contigo?

—¿Por qué lo preguntas?

—Es una tontería, ¿verdad? Seguro que tienes muchas ocasiones para estar a solas con ella en tu barco volador.

—Landy, yo no sé si eres una muchacha ingenua o terriblemente perversa, astuta y mentirosa.

—¿Por qué me dices esas cosas?

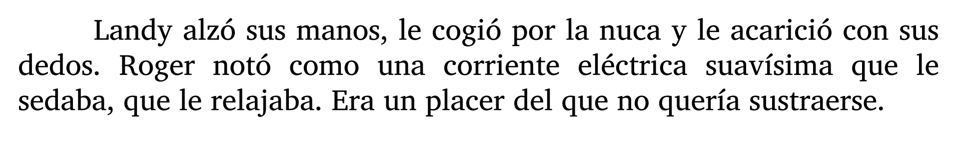
—Porque sabes más de lo que me explicas. Cuando te pregunto por los magos, evades las respuestas.

—Está prohibido hablar de ellos.

—¿Y si te lo pido como un gran favor?

—No puedo desobedecer a los míos, todo el mal caería sobre mí.

La estrechó contra sí y notó que ella pesaba, o quizá era él quien estaba muy pesado.



Landy alzó sus manos, le cogió por la nuca y le acarició con sus dedos. Roger notó como una corriente eléctrica suavísima que le sedaba, que le relajaba. Era un placer del que no quería sustraerse.

—Ven, amor.

—Deja que te bese.

—No, aún no, habrá tiempo. Despacio, amor, despacio —le dijo Landy con un tenue susurro.

Retrocediendo, llegó hasta la cama donde se sentó. Era la cama más amplia y hermosa de las que allí había.

—Landy, ¿eres doncella?

—Sí. Anda, cierra los ojos y viviremos el placer juntos pero sin prisas. Yo te tengo miedo.

—No me temas, no te haré daño.

—Sin embargo, tengo miedo.

—¿Por qué, por qué?

—No lo sé, pero tengo miedo. Tú eres tan fuerte… querrás amarme y luego te marcharás.

—Podrás venir conmigo.

—¿Y abandonar el Reino de la Inmortalidad?

—Para ir a viajar entre las estrellas, cogida de mi mano. ¿No te parece bien?

—Me asusta —suspiró—. Cierra los ojos, Roger. Ya seguiremos hablando luego…

El hombre obedeció, cerrando sus ojos, y Landy continuó acariciándolo con sus dedos mágicos.

Poco a poco, Roger sintió que la pesadez le abandonaba y que Landy era la más bella de las mujeres conocidas. Era joven, hermosa, perfecta, era muy afortunado por haberla encontrado.

Escuchó su risa, sensual y cantarina al mismo tiempo, Quiso estrecharla, pero ella ya no estaba entre sus brazos sino danzando en la amplia estancia mientras se desnudaba lenta, muy lentamente.

Sus cabellos dorados flotaban en el aire mientras la sangre del

terrícola aumentaba de temperatura.

Quedó vestida con una ligera camisa casi transparente.

Podía entrever el cuerpo perfecto de la mujer que reía y al mismo tiempo se le escapaba de entre las manos.

Deseaba atraparla, sujetarla con firmeza, besar su piel cálida, succionar sus labios hasta devorarlos, palpar sus senos turgentes y hacerla suya, profundamente suya.

—¿Qué piensas, Roger, qué piensas? —preguntaba ella, riendo, mientras iba de un lado a otro.

—Tenemos que amarnos, tenemos que amarnos —dijo él, ansioso, como si estuviera ebrio, sin dejar de mirarla.

—Sí, sí, nos amaremos, ahora y siempre… y te haré sufrir mucho. Sí, para que no te aburras nunca.

—Ven.

—¡Cógeme!

—Espera, parece que tengas alas.

Ella reía y la habitación se le antojaba ahora a Roger Foll inmensa. Era como si las dimensiones reales se hubieran disparado, como si hubiese caído en un lugar distinto.

De pronto, mientras ella saltaba y corría, provocándole, sonó el ruido de un reloj emisor-receptor.

El hombre se detuvo. Con los ojos cerrados, tuvo la impresión de hallarse ante un ser horrible.

Con un sexto sentido, con unos ojos que no eran los de su cara, vio algo asombroso.

Era como si dentro de su cerebro tuviera otros ojos, especiales, para captar cosas que los ojos normales no alcanzaban a ver.

Frente a él descubrió a un ser horrible, de difícil definición, que se movía cuando él se había quedado quieto de golpe. No quiso abrir los párpados ante aquella figura oscura que en nada se parecía ya a Landy, y avanzó hacia ella, cogiéndole el rostro entre las manos.

Le sujetó las orejas y con un valor extraordinario, estiró, con tal violencia que arrancó lo que tenía cogido. Entonces, abrió los ojos

para ver lo que había hecho.

Frente a él, a un paso, estaba Landy, pero ya no era la joven hermosa, atractiva y sensual.

Landy no tenía rostro, aunque sí ojos que le miraban y una boca que se movía en medio de un conjunto de alambres, plásticos, resistencias y artilugios electrónicos de todas clases.

—¡Eres una androide! —estalló Roger Foll.

—¡Estúpido! ¿Por qué lo has hecho?

Roger Foll lo comprendió todo en aquel instante. En fracciones de segundo, la realidad le abofeteó el rostro, con una dureza que le hizo tambalear.

No esperaba aquello.

Había imaginado alucinaciones, pero no que estuviera ante una androide que le engañaba y que ahora, automáticamente, podía avisar a todos de que el terrícola ya había descubierto la verdad.

Se había enamorado estúpidamente de una androide, perfecta, pero una androide que ahora podía ser terriblemente peligrosa.

Por ello no dudó en disparar su pistola y disparar contra aquel ser artificial, tan perfecto que parecía humano, en su caso, una hermosísima mujer que había logrado engañarle como la muñeca del Doctor Coppelius.

La androide se inflamó, fundiéndose en su mayor parte antes de caer al suelo totalmente destruida.

—Landy, no has sido más que una quimera —musitó, mirando aquellos restos mecanoelectrónicos.

Ahora ya lo comprendía todo, sólo le restaba confirmarlo.

Abandonó aquel aposento con sigilo, algo le arañaba por dentro. Había matado a Landy y pese a que Landy sólo era una fantasía, le dolía haberla destruido.

Todavía con la pistola en la mano, abrió la puerta de la otra estancia y llamó:

—¡Demetrius!

—Sí, comandante.

—Vamos, corre.

—¿Adonde, qué sucede?

—Ya he descubierto lo que pasa aquí, aunque no he llegado hasta lo más profundo. Hemos de encontrar a los fabricantes.

—¿De qué?

—De androides.

—¿Androides? No entiendo...

—Sí, Demetrius. Landy era una androide.

—¿Era?

—La he destruido con esto —mostró la pistola.

—¿La ha matado?

—A un androide no se le mata, se le destruye. No es un humano; es una máquina. Perfecta, pero una máquina.

—¿Cómo lo ha averiguado?

—Creo que había llegado a hipnotizarme con sus dedos que debían emitir una corriente eléctrica especial que pasaba a mi sistema nervioso, pero un sexto sentido me lo ha advertido.

—¿Qué hacemos ahora?

—Investigar.

—¿Dónde?

—La reina.

—¿Cree que también es un androide?

—Tengo que comprobarlo, pero me temo que sí.

—No vaya a dispararle, por si es Xana, efectivamente.

—Sí, hay que tomar precauciones.

—¿No sería Landy la única androide?

—No lo creo; no obstante, hay que averiguarlo. Lleva tu arma lista para utilizarla.

—Claro que sí, no voy a dejar que me atrapen los androides. Pero, ¿quién los maneja?

—Lo averiguaremos. Vamos.

Salieron del aposento con mucho sigilo y cerraron tras de sí.

Olía a quemado, el hedor de la destrucción de la androide se filtraba por debajo de la puerta, quizás empujado por alguna corriente de aire.

—Demetrius…

—¿Sí?

—¿Recuerdas que no hemos visto perros ni otros animales?

—Es cierto.

—Creo que es una ciudad de androides.

—Entonces, ¿por qué comen como nosotros?

—Deben simularlo, o quizás dentro de su cuerpo tengan una bolsa para guardar lo tragado y bebido. Después, arrojarán esa bolsa a un vertedero.

—¿Lo tienen todo pensado?

—Eso parece.

—¿Y por qué y para qué?

—No lo sé, Demetrius, pero si hay seres que han sido capaces de construir esos androides, lógicamente, son capaces de interferir nuestras telecomunicaciones. Se habrán estado riendo de nosotros.

—¿Cree que en tecnología están más adelantados que nosotros?

—Lo ignoro. Pudiera ser que fabricando androides, sí, pero en otras cuestiones, no. Lo averiguaremos pronto, pero dispara contra cualquier sujeto que veas.

—¿Sin averiguar antes si es un androide o no? —inquirió Demetrius.

—Sí.

—Está bien.

Demetrius empuñó con fuerza la pistola y juntos recorrieron el largo pasillo.

Roger tenía una ligera idea de dónde debían estar los aposentos de la reina y pensó que en el torreón de honor que dominaba el castillo.

Tuvieron que atravesar varias salas, una de las cuales era la utilizada para la cena. No había nadie, y sobre las mesas seguían los restos de alimentos.

—Espera... —pidió a Demetrius.

Miró las jarras, bebió un poco de ellas y luego escupió.

—Es agua —gruñó.

—¿Quiere decir que sólo a nosotros nos han dado alimentos verdaderos?

—Más o menos.

—Pues, la reina ha comido, yo la he visto.

—Sí, y Landy también, pero los alimentos no estarán en un estómago, sino en una bolsa de detritos. Esos androides funcionan con energía eléctrica que debe administrarles alguna pila que llevan incorporada.

—Entonces, deben de pesar mucho.

—Ahora que lo dices, yo noté la pesadez de Landy y no caí en ello. Luego, intenté besarla...

—¿Que quiso besarla? —se asombró Demetrius.

—Sí, pero ella me evitó para que no descubriera nada. He sido un estúpido, como me ha llamado ella.

—¿Ha sido capaz de insultarle un androide, comandante?

—Sí, hay que admitir que son androides perfectos. Vamos.

De pronto vieron a dos hombres de la guardia.

—¡Dispara, Demetrius!

Dispararon ambos a un tiempo y los dos guardias recibieron el impacto del rayo ígneo que los puso al rojo blanco primero. Luego, tuvieron como un estallido interior y finalmente se desmoronaron.

Con la pistola en la mano, Demetrius se acercó a los restos humeantes.

Pudo ver los relés, los cables, todo el material electrónico y posiblemente biónico que había servido para fabricar a aquellos seres en apariencia pensantes y que sabían responder como seres humanos.

—Tenía razón, comandante, son androides y además, hablan nuestro idioma. Es algo francamente curioso. ¿Verdad?

—Deben habernos estudiado de antemano, no sé cómo, pero lo han hecho. Luego, han programado nuestro idioma en sus computadoras, o quizás no sean ellos quienes hablan directamente.

—¿Ah, no, quién lo hace entonces?

—Quienes los manejan pueden hablar por control remoto, quizás los androides sólo llevan encima el receptor-emisor.

—Comandante, será mejor que nos vayamos de aquí. Esto no me gusta nada. Absolutamente nada. Una ciudad llena de muñecos parlantes es para asustar a cualquiera. ¿Qué pretenden con todo esto?

—No lo sé. Sigamos.

Por un corredor, arribaron al pie de una escalera que ascendía en espiral por el torreón de honor. Allí vieron a más guardias y Demetrius ya no esperó a que el comandante le ordenara disparar, lo hizo él derribando a tres.

—Estos muñecos ya no nos van a engañar más.

Continuaron subiendo hasta llegar a un rellano donde había cuatro guardias. Sorprendidos por los terrícolas, fueron destruidos.

—¡Rápido, a la puerta! —exclamó Roger Foll mientras los androides destruidos humeaban despidiendo un hedor propio de chatarra chamuscada.

La recia puerta se hallaba cerrada por dentro y Roger no vaciló en disparar contra la cerradura. Luego, dio un patadón a la puerta e irrumpió en el aposento.

La reina estaba allí, en pie frente a ellos, mirándoles con altivez. Era Xana, no cabía duda. Demetrius miró a Roger, dubitativo.

—Buenas noches, majestad.

—¡Fuera de mi aposento! Esto es...

No la dejó terminar la frase.

Roger Foll se adelantó hacia ella y alargando su mano, la cogió por una oreja. Dio un tirón brusco y le arrancó la máscara colocada sobre el rostro, un rostro ahora monstruoso, unos ojos que semejaban humanos y una boca que se movía.

—¿Quién te maneja? —preguntó Roger, todavía con la careta en su mano.

La reina de aquel extraño país de monstruos electromecánicos se echó atrás y comenzó a reír ferozmente.

Al escuchar las carcajadas de aquel horrible y a la vez perfecto androide, Roger sintió un escalofrío a lo largo de todo su cuerpo.

Apretó el gatillo y la androide dejó de reír mientras sus cables y todo el complejo electrónico que llevaba su cuerpo se ponía incandescente y luego estallaba, destruyéndose.

CAPÍTULO VII

—¿Qué hacemos ahora? Hemos destruido a la reina.

—Sí —admitió Roger, mirando la careta que era una reproducción exacta del rostro de Xana, sólo que ahora no tenía ojos —. Hemos destruido a la reina, pero la reina no lo era todo.

—¿Ah, no?

—No, hay que encontrar a quien maneja a esos muñecos.

—¿Cree que tipos medievales pueden gobernarlos a distancia?

—Yo no creo que sean medievales. Esta es una ciudad de aspecto medieval, según lo que los terrícolas entendemos por medieval, y han fabricado una población de androides, pero los seres inteligentes deben vivir en una época muy avanzada.

—Hay que admitir que los han fabricado perfectos. Sus reacciones, sus conversaciones, todo les hacía comportarse como seres humanos.

—Sí, son perfectos, por ello hay que pensar que quienes han fabricado los androides son muy inteligentes. Ahora, Demetrius, vamos.

Habían destruido a la reina, pero ambos sabían que la reina no decidía nada allí aunque se les hubiera presentado como un ser absolutista.

—Comandante, tengo una duda.

—¿Sólo una? —replicó Roger, sin dejar de caminar.

—¿Los ahorcados y decapitados que hemos visto, eran humanos o androides?

—Me inclino a suponer que son androides también.

—Pero, sus cabezas…

—Serían androides construidos expresamente para ser destruidos. Si hubiera disparado contra el verdugo y no sobre su hacha, lo habríamos descubierto en seguida.

—Es cierto, pero, ¿quién iba a sospechar esto? ¿Son todos androides, incluso los parias del otro lado de la muralla? Me cuesta creerlo, comandante. Todos parecían tan humanos...

—Sí, hay que admitir que han fabricado toda una gama de androides para construir una ciudad con todos sus habitantes y cada uno de ellos con una peculiaridad distinta.

—¿Y harán la vida normal?

—Me inclino a pensar que cada día repiten la misma función, los mismos actos. Los maleantes que raptan a una muchacha, el verdugo que decapita, la reina que preside un juicio, etcétera...

—Uf, menos mal que hemos estado un día, de lo contrario habría sido bastante aburrido contemplar siempre la misma función.

—Ahora, hay que buscar a los nuestros.

—¿Estarán encerrados?

—Seguro.

—Pues, vamos a las mazmorras.

Recorrieron el castillo buscando la entrada de los calabozos.

No tuvieron que destruir otro androide hasta llegar a la puerta que les pareció debía corresponder a las mazmorras. Allí, dos centinelas quedaron chamuscados.

—¿Lo ves? Todos androides.

—Sí, ya veo —suspiró Demetrius. Cuando lo contemos a los demás, no van a creerlo. Hemos venido a dar con nuestros huesos a una ciudad de muñecos, y la verdad, no me parece divertido.

—Silencio, no hables ahora. Nuestra voz se puede propagar por los sótanos.

Roger encendió su linterna, graduando la potencia lumínica.

Sus pasos resonaron mientras descendían por los peldaños de piedra

—Este castillo parece real —opinó Demetrius en un cuchicheo.

—Y debe de serlo. Lo han aprovechado para llenarlo de robots perfectos.

Llegaron a una sala distribuidora donde había varios corredores.

—¿Cuál de los tres escogemos? —preguntó Demetrius.

—Cualquiera, al azar; los escudriñaremos todos si es preciso.

—Creo que lo mejor sería arrasar el castillo.

—Es posible que lo hagamos. Ahora, entremos por ese corredor.

Descubrieron las primeras puertas cerradas con cerrojo. Roger Foll se enfrentó a la primera de ellas, disparó su arma y quemó la cerradura. Abrió la puerta y descubrió a un ser que roncaba sobre un catre.

—Es un preso, comandante.

—Sí, cumple el rol de preso. Para eso lo han construido. No quieren que falte un solo detalle.

Se acercó a la figura y Demetrius le recomendó:

—Cuidado, a lo mejor sí es humano. Un preso de los androides.

Roger Foll lo cogió por las orejas y lo desenmascaró. El androide, pese a haberse quedado sin rostro, seguía roncando.

—Otro androide—suspiró Demetrius. Y con su pistola lo destruyó.

—Pasemos a otra.

—Comandante, les vamos a destruir el almacén de muñecos.

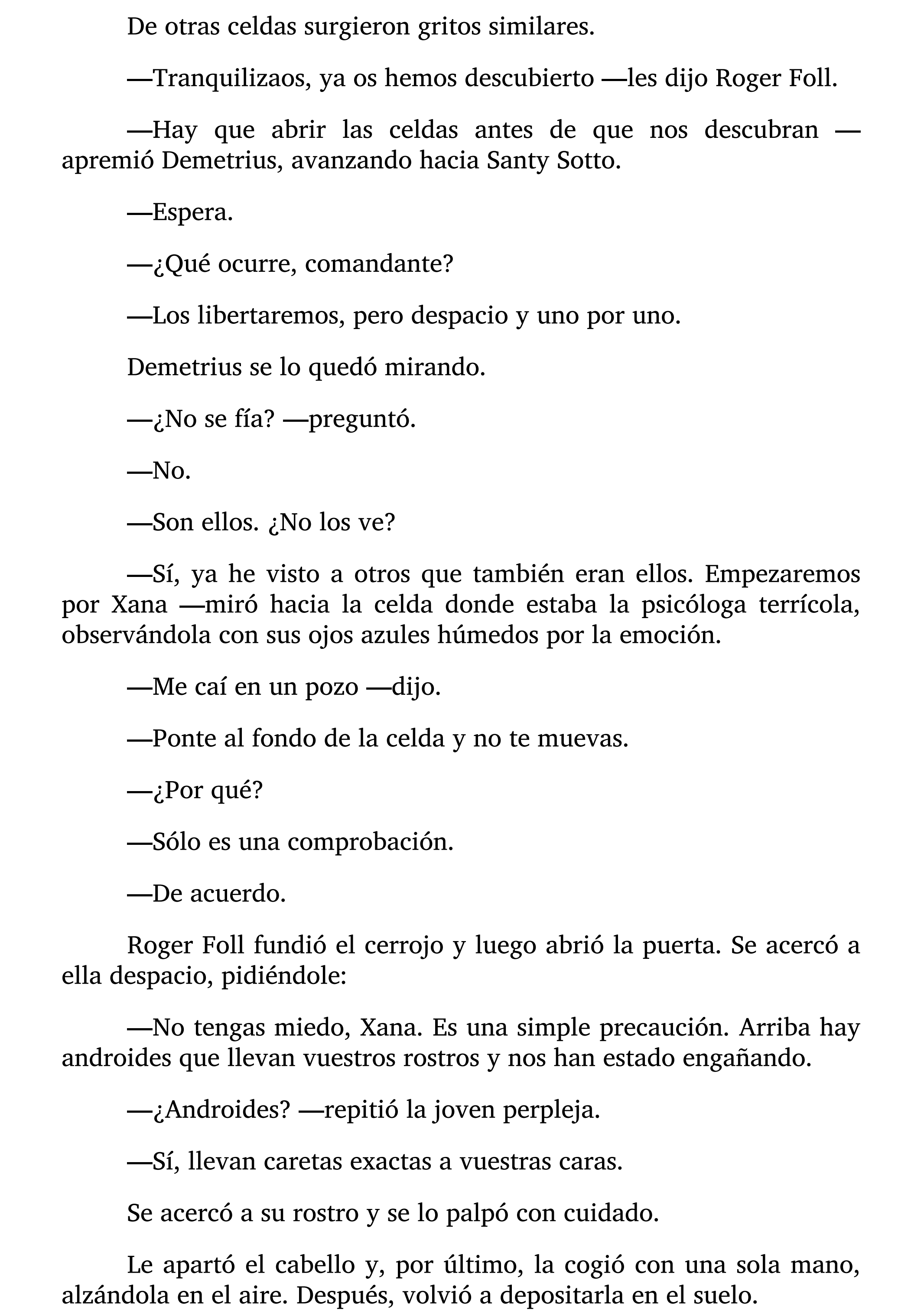
—Si, pero no te hagas demasiadas ilusiones. Esta pesadilla no ha terminado aún.

Recorrieron varias mazmorras con idénticos resultados hasta llegar a una sala circular donde parecía haber varios instrumentos de tortura medieval.

En aquella sala había celdas con abundancia de rejas, desde el suelo al techo, de modo que dejaban ver a quienes estaban allí encerrados.

—¡Están aquí! —casi gritó Demetrius al enfocar las celdas con su potente linterna, viendo a unos personajes detrás de los barrotes.

—¡Comandante, Demetrius! —gritó Santy Sotto.



De otras celdas surgieron gritos similares.

—Tranquilizaos, ya os hemos descubierto —les dijo Roger Foll.

—Hay que abrir las celdas antes de que nos descubran —apremió Demetrius, avanzando hacia Santy Sotto.

—Espera.

—¿Qué ocurre, comandante?

—Los libertaremos, pero despacio y uno por uno.

Demetrius se lo quedó mirando.

—¿No se fía? —preguntó.

—No.

—Son ellos. ¿No los ve?

—Sí, ya he visto a otros que también eran ellos. Empezaremos por Xana —miró hacia la celda donde estaba la psicóloga terrícola, observándola con sus ojos azules húmedos por la emoción.

—Me caí en un pozo —dijo.

—Ponte al fondo de la celda y no te muevas.

—¿Por qué?

—Sólo es una comprobación.

—De acuerdo.

Roger Foll fundió el cerrojo y luego abrió la puerta. Se acercó a ella despacio, pidiéndole:

—No tengas miedo, Xana. Es una simple precaución. Arriba hay androides que llevan vuestros rostros y nos han estado engañando.

—¿Androides? —repitió la joven perpleja.

—Sí, llevan caretas exactas a vuestras caras.

Se acercó a su rostro y se lo palpó con cuidado.

Le apartó el cabello y, por último, la cogió con una sola mano, alzándola en el aire. Después, volvió a depositarla en el suelo.

—¿He pasado la prueba? —preguntó Xana.

—Sí.

—Menos mal —suspiró—. Creí que ya no saldría jamás de esta horrible mazmorra.

—¿Qué te han hecho?

—No lo sé. He caído por un pozo y he perdido el conocimiento. Cuando he despertado, estaba en esta celda. Un guardián ha pasado por aquí con una luz y al ver los instrumentos de tortura me he horripilado.

—Bueno, vamos a liberar a los demás.

Uno por uno, fue liberándolos. Les tiró de las orejas, los sopesó, escuchó sus corazones y no oyó ningún relé electrónico.

—Ya estáis libres. Ahora, podríamos destruir el castillo —propuso Demetrius.

—Es lo mejor. Huir y destruirlo todo —apoyó Santy Sotto.

—No, no destruiremos este lugar, por ahora. Ya que estamos todos, que era lo importante, vamos a huir, pero con cuidado. Vuestras armas os han sido robadas, lo que indica que quienes os han desarmado las tienen en su poder. En consecuencia, son peligrosos.

—Les daremos duro —advirtió Demetrius, mostrando su arma.

—Lo que me gustará es encontrar a los culpables de esto, sin embargo, ante todo prefiero regresar a la cosmonave hallándonos todos sanos y salvos.

—No será fácil salir con los guardias en las puertas —advirtió Xana.

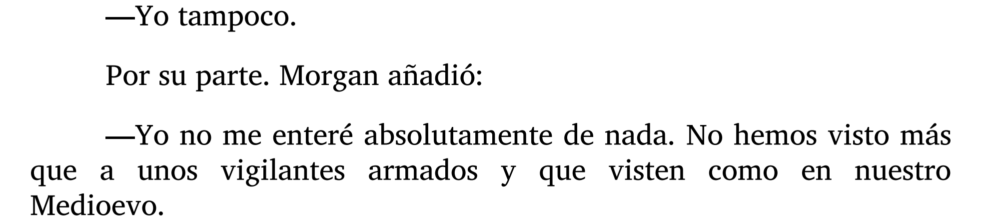
—Nos abriremos paso como sea. Como vosotros no tenéis armas, cogeréis las de los soldados que caigan. No sabemos en qué forma vamos a ser atacados y por lo tanto hay que defenderse.

—¿Por qué no recorremos un poco más el castillo, a ver si podemos descubrir a quienes nos han traído aquí?

—¿Tú no los viste, Santy?

—No. Quedé atrapado en aquella esfera que me llevó por el espacio y entonces perdí el conocimiento. Cuando lo recuperé, estaba ya aquí y no llevaba puesto mi traje espacial ni mis armas.

René corroboró:



—Yo tampoco.

Por su parte. Morgan añadió:

—Yo no me enteré absolutamente de nada. No hemos visto más que a unos vigilantes armados y que visten como en nuestro Medioevo.

—Es curioso que no los hayamos visto en ningún momento —dijo Roger—. Sólo hemos visto a los androides.

—¿Y si entre esos androides hay alguno de los seres que los fabrican? —preguntó Mohamed.

—Es posible, pero ahora no podemos entretenernos en averiguarlo. Salgamos de aquí de una vez.

El grupo de terrícolas se puso en marcha, dispuestos a abandonar los sótanos que estaban repletos de mazmorras.

Sin embargo, sabían muy bien que sus problemas no habían terminado. La Icaro-2000 estaba aún muy lejos de ellos y sólo cuando estuvieran dentro de ella se sentirían a salvo.

CAPITULO VIII

El grupo de terrícolas que escapaba no tuvo ningún problema para salir de los sótanos donde se ubicaban los calabozos.

Era alta madrugada y aún faltaban más de dos horas para el amanecer.

—¿Por qué no avisa a Boyer con el emisor? —preguntó Mohamed a su comandante.

—Porque ya no estoy seguro de si pueden interferir o no nuestras telecomunicaciones. Ignoramos el poder y la tecnología real de quienes han fabricado esta ciudad de androides.

Tampoco llevaban autocohetes para volar, que habían quedado en su nave.

—Despacio —pidió Roger al acercarse al túnel de la puerta principal, cerrada durante toda la noche y guardada por los centinelas.

—Sólo hay cuatro —dijo Santy en un cuchicheo.

Efectivamente, gracias a la luz de la luna y a una lámpara que colgaba en el túnel y que daba muy poca luz, pudieron ver a cuatro androides vestidos de soldados.

—Demetrius…

—Sí, comandante.

—Tú que llevas pistola, encárgate de los dos de la derecha.

—Con mucho gusto, comandante. Voy a despanzurrarlos.

—Apunta bien, hemos de disparar al mismo tiempo para que no haya réplica alguna y no cunda la alarma.

Los androides se inflamaron brevemente y después, en medio de pequeñas y sordas explosiones, cayeron al suelo totalmente destruidos.

—Listos.

El grupo avanzó hacia la puerta principal, cerrada con barras de hierro y una gran cerradura que Roger fundió.

Entre Santy Sotto y Morgan la abrieron despacio, sólo lo justo para filtrarse y escapar del castillo.

Descendieron en fila india por la carretera que separaba el castillo de la ciudad amurallada, una carretera por la que no habían visto pasar animales de tiro de ninguna clase.

Así lo hizo observar Xana, colocándose al lado de Roger Foll.

—No han construido animales artificiales al estilo de los androides.

—Es cierto, y si hubiéramos reparado en ellos cuando llegamos a la casa donde cogimos las ropas, habríamos descubierto antes todo este tinglado.

—Sí, recuerda que dormían sin despertar.

—Posiblemente porque ellos están programados para despertar a horas determinadas. Cada cual cumple una función completa, unos horarios para que todo parezca una ciudad real.

—¿Y por qué este empeño en representar una ciudad real? —inquirió Santy Sotto a su lado.

—No lo sabemos, quizás sea el juego de unos seres superinteligentes que no saben ya cómo divertirse —expuso Roger Foll.

—Yo me llevaría uno a la cosmonave para estudiarlo —dijo Mohamed.

—No, eso no. ¿Quién nos asegura que uno de esos androides no lleva una carga explosiva dentro de su cuerpo capaz de estallar en determinadas circunstancias?

—Tiene razón, comandante. Eso es factible y si un explosivo de regular potencia estallara dentro de nuestra cosmonave Icaro, nos desintegraríamos todos en el espacio.

Al llegar a las primeras casas de la ciudad amurallada, Roger pidió:

—Despacio, no es bueno que seamos descubiertos. Ignoramos los sistemas de detección que poseen los androides.

Separados en parejas, avanzaron buscando las sombras, los recovecos de las paredes, hasta llegar a la puerta de la muralla. En lo

alto divisaron las altas y siniestras horcas de las que, sin duda alguna, pendían muñecos.

—¿No habrá seres humanos en este planeta? —se preguntó Xana en un cuchicheo.

—Quizás sólo existan los fabricantes de androides —observó Mohamed en voz alta.

—Atención, ahí tenemos la guardia de la muralla. Es nuestro último gran obstáculo aquí.

Roger opinó:

—No hay muchos centinelas.

—En el barracón que hay al otro lado debe haber más.

—A ver si conseguimos escapar sin que cunda la alarma. Hasta ahora todo ha ido bien.

Había seis vigilantes en la puerta de la muralla. Roger Foll y Demetrius se aprestaron a disparar.

Los demás ya llevaban consigo las armas arrebatadas a los androides del castillo; eran armas pesadas pero contundentes y puntiagudas.

—¡Ahora! —ordenó Roger.

Las pistolas tornaron a disparar sus rayos destructores.

Los centinelas, cogidos por sorpresa, fueron cayendo uno tras otro en medio de las pequeñas explosiones.

—¡A la puerta!

Corrieron hacia la puerta de la muralla. Comenzaban a abrirla cuando Xana gritó:

—¡Vienen más!

Efectivamente, un retén de la guardia acababa de aparecer tras ellos.

Demetrius se revolvió, disparándoles, mientras Roger Foll se encargaba de cortar los barrotes y fundir candados y cierres.

Santy Sotto, Morgan, René y Mohamed arremetieron con sus armas y se entabló una lucha feroz entre androides y terrícolas.

Estos últimos poseían una agilidad muy superior a la de los androides, que si bien efectuaban perfectamente los movimientos de ataque y defensa, eran lentos.

Los golpes de las pesadas armas se entrecruzaban, mas, Roger Foll no tardó en darse cuenta de que no eran suficientes aquellas armas para destruir a los androides, que los derribaban pero volvían a levantarse.

— ¡Demetrius, a los que caen!

Demetrius disparó contra los robots caídos y Roger acabó de abrir la puerta.

—¡Vamos, afuera corriendo!

Sonaron dos pistoletazos y un arcabuzazo que llenó de humo toda la puerta, pero los terrícolas consiguieron salir huyendo.

—¿Alguien ha resultado herido?

Santy Sotto se tocó el brazo y notó que le dolía.

—Sólo una herida leve.

—¡Corramos, puede que ahora nos persigan! Hay que llegar a la lanzadera cuanto antes.

Atravesaron las chabolas y tiendas que rodeaban el exterior de la muralla y escaparon en la dirección que acababa de marcarles Roger.

Debían seguir el itinerario previamente impreso en el controlador de pulsera que tenía memoria de orientación; ello evitaba que dieran vueltas y vueltas perdiéndose.

Mientras corrían, Roger se puso a la altura de Xana y le preguntó:

—¿Estás bien, resistes?

—Sí, sí resisto.

—Magnifico. ¿Te he dicho antes que me gustas?

Ella se lo quedó mirando y sonrió sin dejar de respirar rítmicamente; no en vano estaba perfectamente entrenada como todos los cosmonautas terrícolas para hacer *footing* durante un tiempo prolongado sin desmayarse.

Llegaron a la nave lanzadera sin que les dieran alcance.

Abrieron la puerta y se introdujeron apretadamente, pues el espacio era reducido para todos los que eran.

—¡Atención, despegamos! —advirtió Roger Foll.

La lanzadera se alzó por encima del río, tomando cada vez mayor altura en plano oblicuo para marchar hacia la ionosfera, atravesando la atmósfera y dejando atrás la troposfera.

—Atención, atención, llamando a Icaro-2000, atención, llamando a Icaro-2000... —comenzó a decir Roger Foll a través del potente emisor-receptor de telecomunicaciones incorporado en la pequeña nave que pilotaba.

Lo que los terrícolas ignoraban es que sus vicisitudes no habían terminado; les aguardaba aún una desagradable sorpresa.

CAPITULO IX

Roger Foll lanzó un fuerte suspiro al acomodarse en su butaca de la sala de mandos de la Icaro-2000. Alargó su mano y abrió el circuito de megafonía interior.

—Os habla el comandante. Ha habido suerte y hemos podido rescatar a nuestros compañeros como ya sabréis, sin pérdidas. Se ha tomado en videotape todo el mapa geográfico tridimensional de este planeta, y por tanto podemos marchar de aquí y proseguir nuestro viaje tal como estaba programado. Seguimos unidos y eso es lo importante. Gracias a todos y a cada uno en particular por permanecer atento en su puesto.

—¿No vamos a averiguar nada más sobre este planeta de androides? —preguntó Boyer.

—Pasaremos todos los informes al gobierno confederal y serán ellos quienes decidan si se ha de investigar a fondo o no. Para ello, deberán enviar el equipo humano y material adecuado.

Roger Foll estaba preparándolo todo para abandonar la órbita de aquel desconocido planeta que ya habían ubicado en sus planos espaciales para que otras cosmonaves de la Confederación Terrícola conocieran su existencia y sus posibles peligros, cuando Boyer le advirtió:

—Comandante, me temo que vamos a tener problemas.

—¿Problemas?

—El suprarradar está detectando algo que sale del planeta.

—¿Naves?

—Eso parece.

Alargó su mano y conectó la alarma roja, una alarma que hizo que parpadearan las luces rojas de toda la cosmonave mientras la chicharra, insistente, exigía a todos que ocuparan sus puestos.

Aquella alarma roja contradecía las palabras del propio Roger pronunciadas unos momentos antes.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó Xana, acercándose a Roger Foll.

—No lo sé exactamente, quizás es que no se dan por vencidos.

—¿Los androides?

—O quienes los han fabricado.

—¿Colocamos el armamento en posición de combate? —preguntó Boyer.

La respuesta fue tajante:

—Sí.

Se hicieron los compartimentos estancos en la cosmonave y se prepararon los cañones por si eran atacados, cuando en la pantalla gigante de la sala de mandos aparecieron unos puntos que avanzaban hacia ellos en formación.

—Son esferas —observó Santy Sotto.

—Sí, esferas —admitió Roger Foll—. La bandera de los androides tenía una esfera blanca sobre un fondo negro azulado que debe significar el espacio infinito.

Boyer inquirió:

—¿Disparamos?

—Aún no, hay que controlar a todas esas esferas.

—Son casi medio centenar... —observó Boyer.

Acababa de decir aquello cuando las esferas que viajaban por el espacio, ya lejos de la gravitación del planeta, les rodearon.

Una voz profunda penetró en la cosmonave terrícola, como filtrándose por los hilos de megafonía.

—Terrícolas, estáis atrapados. Os conminamos a que descendáis vuestra nave sobre Lexion, que es el planeta que tenéis bajo vuestras miradas.

—No sé si podéis oírme o no —respondió Roger Foll, abriendo su propio micrófono de megafonía para que su voz pudiera escucharse por encima de cualquier otra.

—Te oímos, comandante de los terrícolas.

—No nos sentimos atrapados. Tenemos capacidad de respuesta bélica y haremos uso de ella si nos vemos en peligro.

—Os queremos vivos. Descenderéis suavemente sobre el planeta Lexion sin utilizar vuestras armas.

—¿Por qué creéis que os vamos a obedecer?

—Dentro de vuestra cosmonave tenéis un alto explosivo que estallará si no obedecéis.

Escéptico, Roger repitió:

—¿Dentro de la cosmonave?

—Sí, dentro de la cosmonave. Nosotros controlamos ese alto explosivo y lo haremos estallar si no obedecéis.

Roger Foll cerró el micrófono por unos instantes y pidió a Xana:

—Dile a Mohamed que traiga rápidamente un electroimán con batería nuclear incorporada, de la máxima potencia, y que Santy Sotto y Demetrius se presenten aquí de inmediato.

—Sí, en seguida.

Mientras Xana se alejaba, Roger Foll volvió a abrir el micro y preguntó:

—¿Dónde está el explosivo?

El que les hablaba se rió sardónicamente mientras las esferas giraban en torno a la Icaro-2000, manteniéndose a una distancia prudencial.

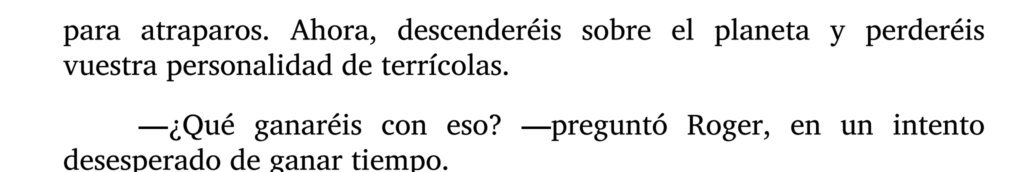
—No lo creo, es imposible que haya una bomba dentro de la cosmonave.

—Pues la tenéis. Nosotros somos más astutos que vosotros los terrícolas. ¿Qué os ha parecido nuestra ciudad de androides?

—Perfecta, pero no veo la razón por la que deba existir esa ciudad de muñecos bio-electromecánicos que tanto se parecen a los humanos.

Los extraños que parecían estar dentro de aquellas esferas blancas, respondieron:

—Tiene su motivo. Son nuestra diversión y los hemos utilizado


para atraparos. Ahora, descenderéis sobre el planeta y perderéis vuestra personalidad de terrícolas.

—¿Qué ganaréis con eso? —preguntó Roger, en un intento desesperado de ganar tiempo.

—Diversión. Hace milenios que nosotros conseguimos la tecnología que vosotros poseéis ahora. Luego, poco a poco, fuimos mutándonos hasta ser energía inteligente. Podemos viajar a través del espacio, y cambiar nuestras formas a voluntad.

—Intuyo que os habéis quedado sin placeres.

—Aciertas, terrícola.

—Y lo que ahora queréis son cuerpos humanos biológicos para ocuparlos y a través de ellos obtener los placeres de los que estáis privados.

—Una vez más, aciertas, terrícola. Queremos vuestros cuerpos y prometemos reproduciros con generosidad. Vuestros cuerpos serán protegidos y cada vez seréis más y más hasta formar nuevas ciudades.

—Tendremos unos cuerpos protegidos, pero nuestras mentes serán aniquiladas para que los placeres a los que tenemos derecho sean vuestros.

—Parte de vuestra mente permanecerá intacta.

—Comprendo, la parte que se utiliza para saborear el placer de la comida, del olfato, del amor, de la maldad incluso si deseáis emplearla.

—Así es. Mejor eso que morir, ¿no os parece?

—No nos parece, preferimos la muerte.

—Sois unos estúpidos, terrícolas.

—Pudisteis atrapar a los cosmonautas que estaban afuera indefensos, reparando unas averías de la cosmonave, pero aquí dentro somos invulnerables ante todos vuestros ataques.

—Estáis locos, os destruiremos igualmente. Somos superiores a vosotros.

—Creo que es mejor que sigáis divirtiéndoos con vuestros androides. Por cierto, ¿cuándo los construisteis? Hace muchos años, ¿verdad? Cuando todavía no erais energía pura y podíais utilizar las

manos, esas manos nuestras que envidiáis ahora porque sois amorfos. Cada muñeco que hemos destruido ya no es reproducible.

—Te equivocas, terrícola. En su día fabricamos androides que a su vez construían otros androides siguiendo los planos de ingeniería electrónica, también reparaban a los que tenían fallos.

—Pues, que sigan fabricando muñequitos por los siglos de los siglos... Nuestras manos humanas no se someterán a la ignominiosa esclavitud a la que pensabais obligarnos.

En aquel momento llegó Mohamed, jadeante. En sus manos traía un pesado aparato que mostró a Roger Foll.

—¿Es esto lo que quería, comandante?

—Sí, actívalo.

—¿Aquí? Es muy poderoso.

—Actívalo y no te muevas.

En aquel instante, llegaron Santy Sotto y Demetrius.

—¿Nos llamaba, comandante?

—Sí. Santy, sopesa este paquete.

Lo tomó entre sus manos.

—Ya está.

—¿Pesa?

—Sí, mucho.

—Sostenlo tú, Demetrius.

—¿Yo?

—Sí, tú eres más fuerte, sostenlo.

Lo tomó entre sus manos y casi de inmediato sufrió unas fuertes contracciones, vaciló y cayó al suelo pesadamente.

—¿Qué le ha ocurrido? —preguntó Santy Sotto, perplejo.

—Mohamed, desactívalo totalmente, es un androide y lleva una bomba dentro de su cuerpo.

Mohamed quedó un momento desconcertado, pero pronto

comprendió la jugada de Roger Foll. La gran potencia del electroimán había succionado la energía del androide y estropeado sus circuitos al actuar por sorpresa, pues para ello había preparado la pequeña farsa de preguntarle a Santy Sotto si pesaba.

De esta forma, el falso Demetrius no había recelado en absoluto.

—Aquí está la bomba…

—Rápido, métela en un tubo lanzador y envíala al espacio.

Mohamed corrió a través de la cosmonave.

Roger Foll abrió de nuevo el micro mientras observaba al androide con el que habían tratado de sustituir a Demetrius.

—Devolvedme al terrícola al que mantenéis cautivo.

—¿Lo sabes ya?

—Sí, lo he supuesto en seguida. La única forma de introducir una bomba en la cosmonave era hacer entrar a un androide en ella. Ahora comprendo por que este androide ha sido tan efectivo y los otros tan torpes tratando de impedir nuestra fuga. Vuestro plan era que nosotros escapáramos y llegáramos a la cosmonave, introduciendo el androide en ella. De esta forma, nos obligabais a descender a todos so pena de morir.

—Así es, terrícola, todo ha sido preparado y habéis caído en la trampa. Os habéis movido exactamente tal como habíamos planeado; de lo contrario, no hubiéramos logrado introducir un androide cargado con un explosivo dentro de vuestra, nave. Ahora, tenéis pocos instantes para decidir; de lo contrario, la bomba estallará.

—Comandante, lista —le dijo Mohamed a través de otro circuito.

—Entonces, ¡fuego!

Pulsó un botón y la bomba extraída del cuerpo del falso Demetrius salió al exterior estallando en el espacio entre las esferas.

—¡Ahí tenéis vuestra bomba, devolvednos a nuestro terrícola!

—¡Ya ha muerto, ya ha muerto, ya ha muerto!

—¡Fuego contra todas las esferas! —ordenó Roger.

De la Icaro-2000 comenzaron a brotar rayos ígneos en todas

direcciones, buscando a las esferas que se inflamaban aumentando cien veces su volumen.

Una a una, todas fueron desapareciendo y el cielo se llenó de luz hasta que no quedó ninguna de ellas.

—¿Destruimos la ciudad de los androides? —preguntó Boyer.

—No, que se repita la función de una ciudad medieval por los siglos de los siglos. Nosotros nos vamos de aquí.

Mohamed, parpadeando, inquirió:

—¿Cómo supo, señor, que Demetrius era el androide que buscaba?

—Muy fácil. Os liberamos de las mazmorras y yo comprobé que ninguno de vosotros era un androide. Puesto que yo tampoco lo era, sólo quedaba entonces Demetrius. Además, de no serlo, el electroimán no le hubiese hecho absolutamente ningún daño. Entonces, valía la pena probar, ¿no?

Mohamed sonrió y Boyer suspiró ruidosamente.

Roger ordenó a Santy Sotto:

—Hazte cargo de la maniobra, nos largamos de aquí ahora mismo. Yo tengo que charlar un ratito con alguien... —cogió a Xana por el brazo, susurrándole—: Es que... tenemos que decirnos muchas cosas, ¿no te parece?

La mujer le miró, con gran amor, y asintió con un movimiento de los ojos.

Juntos se alejaron hacia un lugar tranquilo de la cosmonave mientras atrás quedaba un cielo lleno de seres que habían escapado de su cuerpo físico para hallar la destrucción a manos de los terrícolas a los que habían tratado de esclavizar.

F I N